

LA
VOLKAMERIA.

AGUINALDO

PARA EL AÑO DE

1835.

COLECCION DE COMPOSICIONES
TRADUCIDAS, INEDITAS Y ORI-
GINALES EN PROSA Y VERSO.

BUENOS AIRES.



CUANDO

HUMILDE

ML

COMPARO

EX - LIBRIS

Al Excmo Sr
Ministro de Hacienda
Sr. D. D. M. Rojas electo
ca este ejemplar man-
tor.

~~Antonio~~
~~de~~
~~los~~
~~Rios~~

D



List. de C. H. Back

LA
VOLKAMERIA.

AGUINALDO DE 1835,

COMPUESTO

POR J. RIVERA INDARTE

Y DEDICADO A LA SEÑORA

D.^a Ag.^{na} Rosas de Mancilla.

BUENOS AIRES.

IMPRESA DE LA LIBERTAD CALLE DE CANGALLO N. 58.

1835.

LA DEGOLLACION DE SAN JUAN BAUTISTA.

JERUSALEN.—I.

Si! Aquel dia fué de gran fiesta para la Santa Jerusalem.

Dispertóse toda la ciudad: los rayos de un Sol ardiente bañaban sus altas murallas; y los puntos culminantes de la poblacion reverberaban los fulgores que la hacian resplandecer.

Jerusalem brillante cual una recién casada, fresca cual una brisa de primavera, se perdía caprichosamente entre un cielo de seda.

Y la ciudad madre, enardecida con el Sol, comenzaba á desenroscarse cual una serpiente herida por el fuego. Jerusalem sacudía el sueño.

El ruido acreció por momentos. Un murmullo que fué aumentandose hasta convertirse en tumultuosas voces, reemplazó poco á poco á la acorde armonia de la madrugada, hasta eclipsarla totalmente.

Repentinamente se oyeron gritos estrepitosos : sonaron trompetas y el golpe del martillo hirió el oído.

La ciudad estaba en movimiento : la actividad hormigueaba por dó quiera. Tropezaban unos con otros sus moradores, llenos de placer y de alborozo. Y cuando el Sol acabó de inundar las calles con sus rayos, concluyó Jerusalem su tocador, y se mostró con las galas de los dias de gran fiesta.

II.

¿Mas porqué causa cubre sus casas Jerusalem con cortinas de seda dibujadas de oro?
 ¿ Porqué ha alfombrado sus calles con musgo, laurel verde, y ojas de rosa ? ¿ A qué son estos perfumes de mirra é incienso que ondulan por toda la ciudad y embalsaman su ambiente ?—¿ A qué estos soldados vestidos de resplandeciente hierro ? ¿ Qué significan éstos vivas ?—¿ Qué este gozo popular tan bello, tan imponente, tan raro ?—
 ¿ Es un gobernador que Roma envía ?

No.

¿ Se ha ganado alguna victoria ?

No.

¿Es por ventura á la entrada de Jesus el Nazareno ?

No !—Es por el casamiento del rei Herodes con Herodina, la esposa de su hermano Felipe.

EL ACOMPAÑAMIENTO.—III.

Una repentina agitacion se sintió. La multitud que hasta entonces habia estado agrupada al rededor de los edificios, formó una masa circular, para ver pasar el acompañamiento. Los soldados abrieron calle con mucha dificultad.

Primero marchaban los heraldos gritando—*viva el glorioso Herodes tetrarca y rei de Jerusalem !* Seguian los nobles del pueblo, marchando con paso grave, vestidos con toda la magnificencia oriental. Los príncipes de los sacerdotes les subseguian en dos filas : en medio iba Herodes, sentado en un elefante, y á su lado Herodina. Cerraban la marcha numerosas escuadras de soldados y de jóvenes. El pueblo se agolpaba sobre esta muralla, y empujaba, algunas veces con violencia, las últimas líneas del acompañamiento.

Cuando este ocupó la gran plaza del tem-

plo, el tropel del pueblo, apiñado como los frutos de la viña, avanzaba ó retrocedía á merced del impulso que le daban los soldados que le servían de dique. Mil écos estrópicos estallaron, repentinamente, de en medio de esta informe mole—y la voz de las mugeres dominaba sobre todas.

JUAN EL PROFETA.—IV.

No bien Herodes puso el pié en el umbral del templo, cuando un hombre de barba y cabellos cenicientos; la vista de fuego, la boca espumosa, los pies llenos de polvo y el vestido hecho girones, como si hubiera sido rasgado por las espinas del desierto; se abre paso por entre la multitud, y oponiéndose á la entrada de Herodes le dice—
 “Herodes: tú no tienes derecho alguno en la muger de tu hermano y Jesus ha dicho—
 ”El que casáre con la muger de su hermano
 ”será culpable de adulterio y desterrado de
 ”Dios.” Y tú sin embargo, á pesar de todos los consejos y de las leyes de la naturaleza, has dado, publicamente, la mano de esposo á la muger de tu hermano Felipe.—Herodes sepárate de ella. De lo contrario será

inevitable tu ruina.”—Y se perdió en medio del tumulto y todos gritaron—“Den lugar á Juan el profeta del Jordan.”

Mas Herodes, à despecho de este hombre, tomó á Herodina por la mano y entró al templo, entre aclamaciones universales. Entonces una música suave, divina como la exhalacion de un perfume, circuló. El murmullo de la multitud se dejó escuchar un solo instante.

“Silencio”! “Silencio”! Y todo calló y todo quedó suspenso, en la posicion que ocupó al principio; temiendo perder una sola armonia, una sola nota. E inmóviles escuchaban, petrificados por el efecto mágico de la sinfonía.

Pero en lo mas fuerte del estasis, en el momento mas dulce y mas solemne de la armonía, un grito horrible turbó el placer y conmovió à todos, como el golpe de una piedra la quietud de las aguas inmóviles.— Un rumor sordo se transmitió por grados à todo el concurso, y cada vez mas espantoso y amenazador, vagó por las calles de la gran ciudad.

Y un acompañamiento fúnebre pasó triste y silencioso, conduciendo un cadaver.

ZEBEDEO.—V.

Durante la solemnidad un príncipe joven, engalanado de un modo magnífico, se arremó al lado de Herodina.—La habló en secreto y los ojos de Herodina se obscurecieron y derramaron dos lágrimas.

En seguida la tomó una mano y clavó sus ojos azules sobre sus ojos negros: la hablaba acaloradamente, sin respeto alguno. Indudablemente exigía algo, porque apretaba el brazo de la reina y lo sacudía con furor. Por último alzó la voz y dijo.—“Herodina, concubina de Herodes el tetrarca, pues que persistes en los mismos designios á pesar de que conoces que son criminales, vengaré á mi padre y haré públicas tus faltas.”

LA PROMESA.—VI.

Esa tarde ya era reina Herodina, y el rei para celebrar este suceso, daba un magnífico convite en su palacio.

Los ciudadanos llenos de alegría se habían preparado para la danza, y aun que

hizo una noche tenebrosa, habia tanta claridad como en la mitad del dia. Tal era la cantidad de hachas que ardan en las calles de la gran ciudad!

El festin se daba en un salon grandisimo, de forma palalelograma. En el medio, en una silla de púrpura, se veia sentado á un hombre de cabellos y barba roja. Los ojos de color verde y sombríos: la boca de risa. A su lado se hallaba una muger judia.

Su rostro era angelical y sus perfiles finisimos. Sus ojos de un negro reluciente, estaban adornados de dos cejas que se arqueaban con una gracia y una seduccion dificil de pintar. Su boca de un rosado brillante subido, formaba contraste con la nitidez de su piel. Era en fin uno de aquellos conjuntos q' solo respiran felicidad y placer. Su garganta de nieve, torneada del modo mas gracioso; y una cintura que las gracias habian dotado con toda la magia del amor, daban la última pincelada á su figura celestial.

Entonces Herodina, la linda judia, inclinándose ácia el rei, con aquel dulce abandono de que ella se valia siempre con la mayor oportunidad, le dijo.—"Herodes mio;

mi dueño, ¿te acuerdas de aquél Profeta que queria separarnos? Que cruel!" —

—"Separarnos, contestó Herodes, alma mia! mas facilmente se quitaria á la leona su cachorro y á la madre su hijo, que á mi mi Herodina." —

—"Y yó replicó, ella, (fijando voluptuosamente sus ojos de azabache sobre los ojos verdes de Herodes) yó moriria mas bien que abandonar à mi Herodes.... Herodes, mi dueño, mi defensor, te amo mas que à la vida" —

—"Amiga; dijo entonces Herodes, embriagado con el vino y las gracias de Herodina" amiga: tu aliento es mas delicioso que la mirra.... tus palabras mas suaves, mas melodiosas que la música de los dioses.. tus ojos mas radiantes q' las estrellas de la noche.... tu cútis mas blanco que el maná"y tus colores son mas frescos y de un carmin superior al de las rosas de Engaddi." —

—"Lisonjero" le contestó ella. Y enredando sus brazos al cuello del Tetrarca.... "Y tú amor mio, tienes los cabellos rojos: este color es divino. Los de David eran como los tuyos. Jesus el Nazareno no los

tiene tan hermosos. Y tus ojos verdes son como los de la serpiente, y como los de ella fascinan.”—

Entusiasmada con tanta gloria y ventura se recostaba sobre sus hombres, despreciando las miradas de todos; y él tan escandaloso como ella, se abandonaba también á los transportes de su pasión.

Repentinamente ella dijo algo que disgustó à Herodes: pues él la empujó, diciendole asperamente. “No.”—“Pero encanto mio ¿no me prometiste concederme lo que te pidiese?—“No” “No.”—

“¡O mi Dios! ¿No me dijiste: Herodina te juro por el templo que haré cumplir cuantos caprichos se te ocurran? Cúmpleme lo q’ me has prometido Sí, en tanto que él viva seremos mui desgraciados Sí él no muere esta noche, no podré yo vivir ni tres dias. ¿Cual de los dos quieres que muera? ¿El ó yó.”?—

—“El pueblo le ama mucho: sus profetas tienen mucho valer. No: es imposible.”—

—“Pues bien para mañana ya estaré muerta le amas mas que à mí à mi solo me quieres para un momento. Embustero: me has engañado.”—Y se echó à llorar.

“Iman del corazon: no llores. Voy á ordenar que le traigan y si persiste en lo de esta mañana, ordenaré que le quiten la vida.”—
—¿Si.... si (dijo Herodina sonriéndose) hazlo traer cuanto antes.”

El rei dió algunas órdenes y se cambió el bullicio, que hasta aquel instante habia reinado por un silencio taciturno.

JUAN BAUTISTA PROPETA DEL JORDAN.—VII.

Se sintió un tropel fuera de la sala y el hombre que osó alzar la voz en la puerta del templo, Juan el Profeta, fué arrastrado ante Herodes.

“¿Juan te atreverás á repetir que he cometido un gravísimo pecado, al casarme con mi Herodina? ¿Te atreverás á repetir que Dios me castigará?”

Y Juan impassible, mirando con frialdad á todas aquellas estatuas embrutecidas con el vino y la crapula, contestó con voz firme y sonora.

“El que tome por esposa á la muger de su hermano será reo de adulterio, y desterado de la presencia de Dios. Asi Herodes, por haber transgredido las órdenes del

Señor, no podrá ocupar un lugar entre los justos.”—

—“Juan, te he respetado como á profeta y has abusado de mis bondades. Juan: profetiza tu muerte porque quiero y ordeno que ahora mismo seas degollado.”—

Y Juan dijo.—“Que mi sangre caiga sobre ti y sobre tu muger.”—Entonces Herodes, furioso por verse despreciar de esta manera, le tiró con una copa llena de vino. El licor bañó el rostro de Juan pero la copa no le tocó.

Esta fué la señal de una descarga cerrada de copas, botellas é insultos.

“Oh Juan (decia uno, derramándole en la cabeza una patera de licor): yo te bautizo con vino añejo, de color rosado y olor exquisito por cierto que es preferible al barro de tu Jordan.”

“Juan Bautista [esclamaba otro] Mateo el Publicano y yo te bendicimos.”—Y dos fuentes, cargadas de viandas, vinieron à estrellarse en su rostro.”

“Profeta dijo otro, tartamudeando, habias adivinado esta escena. ¡Te la reveló el Señor? Toma profeta en recompensa de los insultos que has subido proferir contra

nuestra patria, la hermosa ciudad de Cap-harnaum." Y despues de escupirle en la cara le pegó una bofetada.

Y cuando se hartaron de mofarle, esclamaron á una—" Que muera el profeta. " — " Que muera " — Los soldados le llevaron; y à los pocos momentos se oyó un gemido que los convidados contestaron con un aplauso.

EL REGALO.—VIII.

El festin era ya una orgia. El pudor habia desaparecido y no resonaban en todos los ángulos del salon, sino palabras lascivas.

Las luces se consumian, y las reemplazaba una obscuridad sombría y vacilante. Los convidados bamboleaban: sus cabezas estaban cargadas con los vapores del vino y sus ojos pesados con el sueño. Fueron cayendo poco á poco por tierra.—Sucedió la muerte à la vida: la noche al Sol.

" Eres mi reina, decia Herodes á su novia, y serás mi dueño absoluto hasta que mueras: puedes disponer de la mitad de mi reino. Todo lo gobernarás.... Flor ce-



terrenal: tú germinarás en mi alma y si te es necesario un río de sangre para conservarte fresca y lozana.... si cada día lo necesitas.... cada día, si así lo quieres.”..

Herodina le tapó voluptuosamente la boca, con una de sus manos de nieve y le dijo—

“Herodes mio: Soi demasiado cruel; pero necesito uno solamente.... si.... este será el postrero.... por nuestro amor te lo pido.... uno y nada mas.”—

—“ Quién” ? Preguntó Herodes, sorprendido. ¿ Necesitas esta misma noche de mas sangre ? ”—“ Si.... Si.... esta noche es cuando lo quiero ¿ me lo concederás ? ”—

“ Quién es ese” ?—

“ Me lo darás esposo mio” ?—

“ Si te lo daré ¿ pero quién es ? ”

—“ Escúchame, Juan Bautista es para mi madre y yo quiero para mi à Zebedeo tu sobrino, hijo de Felipe, tu hermano y mi anterior marido.”—

—“ Se hará como lo pides.”—

El día comenzó à alumbrar á este teatro de crímenes, sorprendiendo á sus actores, que sin acordarse de lo que habia pasado

se despertaban estúpidamente uno despues de otro, pálidos como espectros.

Herodes conversaba todavia con su amiga; pero un esclavo le interrumpió, presentándole dos palanganas de oro, en las cuales estaban dibujadas muchas cabezas de ángeles. Un paño de púrpura las cubria. Herodes tomó una y la presentó á Herodina, quien llena de curiosidad levantó una punta del paño.

Entonces salió un olor esquisito, que llenaba de regocijo el alma, y daba las mas dulces sensaciones al cuerpo.

Los convidados gozaban silenciosos de este perfume oriental, y esperaban ansiosos la solucion del enigma.

Y ella sonriéndose se volvió al esclavo y le dijo—“ Lleva esta á mi madre.”

Y tomando la otra fuente, alzó rápidamente la cubierta de púrpura y enseñó á los convidados:

La cabeza de Zebedeo, hijo de Felipe marido de Herodina y hermano de Herodes tetrarca y rei de Jerusalem.

[*Edme Leblanc.*]

ENDECHAS SAFICAS A LA MUERTE DE ELISA.

Murió mi amada, y el dolor profundo
Que agita el pecho con ardientes ansias
Hace que en torno de su triste fosa
Viva llorando.

Lloro de fuego brota de mis ojos,
Y aun bien no esplica mi pesar acerbo
Pues que me falta la que con sus gracias
Era mi encanto.

Encanto lleno de delicias era
La que animaba mi existir gozoso,
Y hoi es ceniza yerta que á mi pecho
Causa quebranto.

Tristeza suma y afliccion crecida
En vez de sangre corre por mis venas :
Y hacen las turbias lágrimas que forman
Mi triste llanto.

Venid dolores, acudid pesares :
Posaos sobre este corazon deshecho :
Quizá que juntos, su penar amargo,
Vayais limando.

Mas ¿á qué objeto mi dolor se engaña?
¿Para qué intenta mendigar consuelos,
Si ya, oprimido de su infausto peso,
Voi espirando?

Morir tan solo sea mi destino,
Morir á impulsos de mi dura pena :
Partiré á unirme à la que en dulces brazos
Me está esperando.

Si mi adorada! Mi preciosa Elisa!
Hácia ti parto porque eternamente
Juntos, podamos, uno para el otro,
Vivir amando.

CELIO.

UNA NOCHE DE ADELAIDA.

FRAGMENTO DE UNA NOVELA INEDITA, ESCRITA POR D. NICOLAS MARIÑO.

El hermoso blanco pálido del astro de la noche arrojaba melancolía en la inmensidad. Su luz, reflejandose en las cristalinas aguas, hablaba de un modo tierno al corazón poseído de recuerdos, á la manera del lenguaje indefinible de una melodiosa música cuyos dulces sonidos se insinúan en lo mas vivo de nuestra sensibilidad. Todo callaba en la naturaleza: era silencio el espacio todo. Solo se percibían de tiempo en tiempo inesplicables armonías , mas agradables y fugitivas que los sueños de una ideal felicidad. Perdíase la vista en el plateado horizonte de los campos, como el hombre en el abismo de su pensamiento ó en el piélago de la eternidad. Y parecía que una influencia misteriosa

habia comunicado á la naturaleza encantos irresistibles.

Bajo este cielo de amores gemia la hermosa, la tierna Adelaida. La belleza la habia dotado de graciosos encantos y la inocencia de sus modestos atractivos. Bella, ingeniosa y amable habia nacido para inspirar esos sentimientos que envuelven en sí el destino de la existencia, y de cuyo influjo ella misma no habia podido substraerse. Amar! Este es el destino de la muger. Los placeres de lo presente, los recuerdos de lo pasado y las esperanzas del porvenir, todo es amor para ella. Sin este sentimiento no seria ni ingeniosa, ni amable, ni heroica. Su existencia pasaria triste solitaria, é insignificante. Nada seria en la sociedad. Adelaida amaba, y al aspecto de la encantadora escena que le ofrecia la naturaleza envuelta en una misteriosa claridad, se deslizaban de sus hermosos ojos aquellas lágrimas que solo una vez corren en la vida por un objeto querido, tiernamente querido; lágrimas ingenuas y nacidas de un sentimiento profundo é indeleble.

Ni la magestuosa inmensidad que la rodeaba, y que otras veces habia contemplado

con religiosa admiracion, ni los recuerdos de la infancia que solian deleitarla en el ocio de aquellas horas solitarias, ni el cuadro animado de las escenas que habian precedido á aquel momento de su existencia, nada podia distraerla del objeto á que se habia identificado: Ladislao no estaba allí.

La ausencia entristecia los dias de Adelaida. Apenas la habia sonreido el amor, cuando un destino adverso la hacia sentir sus mas acerbos pesares. Aquel Ladislao que habia sabido inspirar tanto amor arrastraba en una tierra estrangera, lejos de su Patria y de su amada, una existencia infortunada y triste. Sus dias pasaban en el dolor, y solo una débil esperanza sostenia sus pasos vacilantes por una senda de pesares. Ni los delitos ni la traicion habian alejado á Ladislao del hogar patrio y de las caricias de su Adelaida. Las proscripciones politicas eran la única barrera que los dividia. ¡ Pudiera ser que alguna vez se hundiesen en un abismo los odios de partido! ¡ Pudiera ser que alguna vez el ciudadano abrazara al ciudadano! He ahí la unica vislumbre de consuelo para estos dos desgraciados.

Yo ví á Adelaida en el momento que he

descripto. Me penetré de su dolor: sorprendi el fugaz rasgo de esperanza que contrastaba en su hermoso rostro con las señales de un profundo pesar. La hablé de Ladislao, de su amado. Entonces mi corazón se conmovió, buscando en vano sobre la tierra el objeto querido de que fué eternamente separada.

Ladislao era digno de ese amor elevado que le profesaba Adelaida. Su alma noble, su talento distinguido, las acciones generosas con que había ilustrado su nombre, todo hablaba elocuentemente al corazón de Adelaida y la amabilidad, la seductora amabilidad realizaba el mérito del modesto Ladislao. ¿Podía no existir esa tierna simpatía entre dos corazones, que parecían formados para gustar en el seno de la paz una vida de amor, de ventura?

Pero hai en el curso de la existencia momentos decisivos que fijan la suerte del hombre; momentos en que el hombre mismo se arroja en brazos de la desgracia por salvarse del naufragio del honor. Este había sido el destino de Ladislao. Envuelto en la caída de un partido político había sido proscrito, y llevando solo consigo la satis-

faccion de no haber traicionado á sus amigos, habia dejado en Adelaida su felicidad, su vida y su destino. Todo lo habia abandonado. Patria, amor, deudos, amigos. Otra senda lo estaba preparada en la tierra del extranjero.

Esta separacion destrozó el alma amante de Adelaida. A esta primera impresion sucedió un pesar menos sombrío pero mas doloroso. Ladislao estaba siempre presente á sus ojos. Recordaba sumergida en el dolor los queridos sitios que habian presenciado sus inocentes amores. Llamaba á Ladislao, y el triste silencio que sucedia á sus amorosos acentos arrancaba gemidos de su infeliz corazon.

En esta situacion las lágrimas y el dolor habian marchitado la lozania de su belleza y de su juventud. Las rosas de su rostro angelical se habian convertido en pálidos lirios de amargura. El pesar habia herido profundamente su sensibilidad, y fijado en su amante corazon una melancolia destructora.

Desgraciada Adelaida! La carrera de la gloria en que puede lanzarse el hombre infortunado y amortiguar los pesares del co-

razon, está cerrada para ella. La escena de las sociedades cuyo brillo tumultuoso puede embargar los sentidos del hombre, y suspender el peso agoviante de tristes recuerdos, la está tambien vedada. Es muger!... Su destino es amar y su amor ha sido cruelmente desgraciado.

Ladislao puede lucir en otro teatro, puede entregarse á tareas honóricas que le adquieran una fama eterna. Puede correr en pos de la inmortalidad, y ser grande à despecho de sus infortunios y de sus enemigos. Pero Adelaida!... Solo tiene recuerdos que destrozan su corazon.

PENSAMIENTOS DE UN FILOSOFO SOBRE EL ERROR.

¿ Es el error mas útil que la verdad para los hombres? Aquel no nos presenta sino cosas agradables: esta no nos manifiesta sino cuadros melancólicos—Somos felices? El error nos hace creer q' lo seremos por mucho tiempo: la verdad nos probará que nuestra dicha esta próxima à su ocaso.—Somos desgraciados? La verdad nos hace ver que es por nuestra culpa: el error al contrario nos persuade que en ello padecemos injusticia.—Entre dos espejos de los que en el uno os mirais lleno de gracias y en el otro colmado de defectos ¿ con cual os quedareis?

La verdad jamas cambia, y el hombre varía sin cesar: el error al contrario tiene diversísimos aspectos: se acomoda pues mejor à nuestra naturaleza. Además él

siempre tiene mucho de conforme á nuestra voluntad : nuestro juicio es siempre ~~es~~ **estraviado por nuestras pasiones, y nuestros errores tienden siempre à plegarse á nuestros gustos.** El ambicioso espera cuanto desca, el avaro goza de todo lo que se niega á sí mismo; el amante ~~sueña que~~ **sueña que es amado; cada uno se engaña á su placer y siente un verdadero gusto en el engaño.**

Todo concurre à él: el error está en nosotros, nuestras percepciones son falsas por lo general; nuestros juicios proceden de la sorpresa comunmente y ~~nuestros~~ **nuestros conocimientos son el resultado de nuestras ilusiones.** El error es á la realidad lo que una carta de capricho es á una carta topográfica.—En esta nada existe en el lugar aparente: en aquella nada en su lugar real: la una no hace mas que instruir; la otra agrada entretiene, y embeleza.

El error es aun mas util que agradable; el somete los pueblos persuadiéndoles que son mas debiles que sus amos: establece la paz y la union en las sociedades y las familias ocultando á este que se le desprecia, à aquel que se le aborrece, al otro que se le engaña. Todos los estados todas las

edades le deben su felicidad. Mientras menos resistimos el error mas estamos con él bien avenidos: testigo el gozo sencillo de la plebe en el engaño y la tristeza del filósofo que lo combate: testigos las dos mas dulces estaciones de la vida la infancia y la juventud; aquella nada conoce, esta sobre todo se engaña.

La razon de todos los bienes y el contra veneno para todos los males, nos vienen del error: con una mano embriaga al rico sobre la púrpura y con la otra consuela al miserable sobre la paja; es el génio protector del hombre; feliz ó desgraciado nunca le abandona, le mece de recién nacido, le alhaga durante su vida y aun le sonrie sobre los escalones de la tumba. Nada hai sino error; el niño besa su juguete con transporte; el jóven adora la cortesana que le enferma, el padre de familia acaricia como suyos hijos que no lo son: el anciano cree aun poder hacerse amar; el moribundo manda sembrar su campo y hace levantar planos para nuevos edificios. Sin el error nuestra vida seria un abismo de tristeza, él nos oculta la muerte y nos hace gozar, aun cuando nos persuade fal-

samente que nos resta tiempo para ello.
El error es para los hombres: la verdad
para los filósofos.

CELIO.

LA PARISIENSE.

CANCION DE MR. CASIMIRO DELAVIGNE.

TRADUCCION LIBRE.

Pueblo frances; para romper tus lazos,
La libertad estiende á tí sus brazos,
Esclavos nos miraban los esclavos,
Hoi nos respetan ya como soldados;
De repente Paris á su memoria
Trajo el antiguo grito de la gloria.

CORO.

*Marchad, marchad, paisana infanteria :
Hasta el templo marchad de la victoria :
Las lanzas no temais ni artilleria.*

Estrechad vuestras filas, sosteneos
De tirania contra inicuos reos :
Sirvan á vuestro pais las municiones
No compradas con duras exacciones.
; O dia ! ; Dia de eternal memoria !
Paris no oye mas grito que el de gloria.

Marchad, marchad, &c.

En vano nos devora la metralla,
 Nuestras pechas nos sirvan de muralla
 Bajo los balas brotan generales
 De ahora veinte años, invencibles leales.
 ; O dia ! ; Dia de eternal memoria !
 El frances oye el grito de la gloria.

Marchad, marchad, &c.

; Quién lleva nuestra insignia ensangrentada
 Contra esa tropa vil asalariada ?
 El viejo Laffayette, que ambos Mundos
 Ayudó á Libertar. ; Dia fecundo !
 ; O dia ! ; Dia de eternal memoria
 Paris marcha á la cumbre de la gloria.

Marchad, marchad, &c.

Los tres colores hoy reivindicamos :
 Y esa columna que antes elevamos,
 Entre las nuves, nos presenta hermoso
 De Libertad el Iris deleitoso.
 ; O dia ! ; Dia de eternal memoria
 Paris se ocupa solo de su gloria.

Marchad, marchad, &c.

Bravo D' Orleans que tanto combatiste
 Bajo ese pabellon que condujiste
 ; Otra vez ofrecéis la sangre vuestra
 A que se mezcle con la sangre nuestra !
 ; O dia ! ; Dia de eternal memoria
 D' Orleans tambien ayuda á nuestra gloria.

Marchad, Marchad, &c.

Cuando el tambor con lúgubres sonidos
 Lleve á la tumba bravos fallecidos,
 El laurel popular esparciremos
 Sobre ella y su virtud emularémos.
 El que es templo á la vez de luto y gloria
 El panteon nos conserve su memoria.

CORO.

*Marchad, marchad paisana infanteria :
 Hasta el templo marchad de la victoria :
 Las lenguas no temais ni artillería.*

CELIO.

UN ADIOS.

Durante mi permanencia en Madrid en 18... la casa que visité con mas frecuencia, fué la de la Condesa de Talavera. Hacia tres meses que estaba casada y tenia 18 años escasos. Granada la vió nacer, pero educada en Madrid habia adquirido esa elegancia que solo existe en el gran mundo, y que únicamente se consigue con el roce de los distintos personajes, que se encuentran en una Corte. Pero ni las preocupaciones de una educacion distinguida, ni las exigencias de una posicion elevada, habian podido robarla un ápice de su buen natural, ni de la sal andaluza, con que amenizaba sus mas insignificantes palabras. Su talle era delgado y flexible, su rostro moreno rosado, sus cabellos largos y negros, sus ojos de azabache, sus pies y sus manos imperceptibles. Sus menores gestos, y sus mas indiferentes movimientos iban acompaña-

dos de una seducción irresistible. Pero todas estas bellezas corporales eran nada, en comparación de las cualidades de su espíritu.

¡O Mercedes singular criatura, muger incomparable! Te presentas à mi vista, en este momento, como en las tardes en que te escuchaba, entre los mas deliciosos transportes. Estás vestida con tu baton blanco, tienes puesta una rosa en la cabeza; y sentado yó en tu sofà celeste, escucho los secretos de tu corazon cándido y puro. Yo aprendo de tí à conocer la tierra en que has visto la luz primera. Y mientras que me cantas, con voz sentida, aquellas *tiranas* tan melancólicas y apasionadas, aquellas *seguidillas* tan llenas de fuego, *tan andalusas*; simbolizó en tu persona á la poética España, madre de tantos prodijios, teatro de tantas glorias, y en tu imágen la admiro y adoro

¡O Mercedes: si tu esposo no te hubiese amado.... si tu no le amaras tanto! ¡Ah! cuan vanaglorioso yo estaría, de haber sido el mortal escogido por la providencia, para vengarte de su injusticia!.... Pero no: No tenias necesidad de un defensor.... tampoco de un amigo que te consolase! En tu corazon no habia sitio, sino para un poco

de amistad: me concediste el ocuparlo. ¿Y no era bastante para hacer completamente dichosa à una existencia?... Y fué, sin embargo, preciso renunciar tambien à esa felicidad. ¡Oh! nunca se borrarà de mi memoria la escena dolorosa en que ella terminó.

Despues de once meses de mansion en Madrid, recibí un espreso de mi gobierno, que me ordenaba partiese para Méjico al dia siguiente de recibirlo. No se podia diferir este mandato imperioso. Tuve que resignarme, y hacer en el instante, mis preparativos de viage.

Cuando me desocupé de estas atenciones, que me distrajeron algun tanto, se apoderó de mi la mas profunda tristeza. En valde quise fingirme que dejando à Madrid, no tenia que romper ninguna de aquellas cadenas, que no es dado despedazar sin desgarrar à los corazones à quienes sirven de lazo: en valde queria engañarme, fingiendo que mi partida no seria de nadie llorada, y que à lo mas iria acompañada por algunos pasajeros sentimientos de amistad. Todas mis fantasmas no eran capaces de darme consuelo, y no podia menos de lastimarme de mi mismo. Me creia mui desgraciado

por tenerme que separar de Mercedes, tan pronto, y de un modo tan repentino; y por perder tan súbitamente un estado de felicidad dulce y tranquilo, un estado tan nuevo para mí, y que yo habia encontrado à su lado, á virtud de la mas pura y fraternal de las amistades.

Ocupado con estos penosos pensamientos, aguardaba temblando la hora, en que acostumbraba visitar a la condesa por la noche, y deseaba y temia que llegase el momento en que debian verla mis ojos por la última vez. Dieron las siete, y me fui á pasear al prado. El concurso era grande; porque el calor de la estacion era excesivo, y el viento norte que soplabá anunciaba una noche clara y fresca.

Seguia yo como máquina el curso de la multitud, absorto en mis reflexiones, cuando sentí repentinamente que el brazo de una muger se enredaba suavemente en el mio.

Todo me conmoví. . . . El simple contacto me bastó para conocer que era la condesa. La acompañaba su marido, quien me confió á su muger, suplicándome la acompañase en el paseo, y nos dejó para ir

á escuchar á la *Todi*, que cantaba aquella noche en el teatro del *Príncipe*.

La condesa no estaba acostumbrada á caminar y yá, sin duda algo fatigada, se apoyaba ligeramente sobre mí. Nunca habíamos salido juntos sino en coche; y era esta la ocasion primera que la habia tomado del brazo; la vez primera que la veia con bata y mantilla negra. Mercedes estaba encantadora. Este trage redoblaba sus hechizos. Yo no me cansaba de mirarla, y cada vez que ella inclinaba su rostro hacia al mio, se encontraban mis ojos con los suyos, que brillaban, entre las blondas negras, como dos estrellas en el cielo.

Habíamos recorrido muchas veces el prado sin hablarnos. La condesa rompió al fin el silencio.

—“¿Qué tenéis esta noche John? Me pareceis algo meditabundo. Veamos que os aflige. ¿O tal vez habré venido á interrumpir con mi presencia, alguna misteriosa cita que tendríais preparada en este sitio?—Sí es así voi á dejaros.”—

Y al mismo tiempo, con un aire jocoso, procuraba desprender su brazo del mio.

—“¡Oh! Os suplico, (la contesté) que no os chanceis de esa suerte: seria hoi demasiada crueldad.—

“¿Cómo? ¿Qué quereis decir? ¿Qué os ha sucedido?—Replicó vivamente.

—Si os afligen algunos pesares ¿porqué no me los habeis comunicado?”

—“¡Cuan buena sois Merceditas!—No me culpeis. Tengo motivos para estar triste; pero la narracion de mis penas, os la haré mas tarde, despues del pasco, cuando este-mos solos en vuestra casa.”—

—“Vamos, vamos á ella amigo mio (me replicó, tirándome del brazo). Estoy demasia-do fatigada para que pueda ágradarme pa-sear mas. No he dado órdenes para que me traigan el coche. Si, John, acompadadme á mi palacio: vamos.”

Nos apartamos del tropel de las gentes, y llegamos al palacio de la condesa, que estaba situado en la calle de Alcalá.

Mercedes me dejó solo por algunos se-gundos, en la sala. Yo me paseaba á lo lar-go, volviendo mis ojos á uno y otro lado, para decir *adios*, cual si fueran seres racio-nales, á cada pintura, á cada una de las al-fombras que ella habia pisado, á cada una de las flores, á cada una de las lindas baga-

telas de que ella estaba siempre rodeada, a todo cuanto quedaba con ella.

Volvió al corto rato. Se habia apenas desabrochado, y recogido negligentemente sus despeinados cabellos. Se habia acomodado un pequeño pañuelo blanco sobre la cabeza y anudado sus puntas debajo de la barba.

Despues de ordenar á sus criados, que la negasen á cuantas visitas vinieran aquella noche, se sentó en su pequeño canapé celeste. Yo me coloqué á su lado, en una silla baja.

Dieron las ocho en la Merced: el dia alumbraba todavia aunque débilmente.

Una ventana, que daba á la calle de Alcalá, estaba abierta delante de nosotros. Y el viento que por ella entraba, hacia revoletear las puntas del pañuelo, que tenia la condesa en la cabeza.

—”¿No teneis frio? la dije—¿Quereis que cierre la ventana?”—

—”No, John, à no ser q’el fresco que por ella entra os incomode. A mi este aire me hace muchísimo bien.”—

Despues de estas palabras quedamos algunos minutos en silencio. La condesa

daba muestras de luchar con alguna secreta agitacion, y manifestaba desear con impaciencia, la prometida relacion. Talvez aguardaba oír de mi boca lo que ella, quizá habia adivinado, hacía mucho tiempo. ¿Y qué otra desgracia podia amenazarme, fuera de la de una órden de partir? ¿Y por ventura ignoraba ella, que estaba inminente este golpe?... Sin embargo no me atrevia á anunciarla que la mano del destino habia ya señalado la hora fatal.

Nuestro silencio era penoso. Empeñé por la segunda vez hacerlo cesar.

"Como no estais acostumbrada á caminar mucho, debeis estar mui fatigada con el paseo de hoy."—

—"Me habia olvidado que estaba cansada (replicó sonriéndose tristemente) y vos, John, me lo habeis hecho acordar."—

Ella calló y volvió á reinar el silencio.

La noche abanzaba y el viento cada vez soplaba mas recio.

—"Soy caprichosa y majadera— ¿Creeis que ahora siento frío? Quereis tener la bondad de entornar un poquito la ventana?"

Me levanté corriendo y la cerré, los vi-

drios tenían cortinas de muselina, y el salón quedó casi en la obscuridad.

Permanecí por mucho tiempo, apoyado contra uno de los pilares de la ventana. Mi frente ardía, y el mármol de la columna estaba helado: esto me alivió un poco. Miré maquinalmente por entre las cortinas para la calle. Las gentes regresaban del Prado y se dirigían ácia la Puerta del Sol.

La luna había llegado á la mitad de su curso. Sus suaves y argentinos fulgores bañaban toda la ciudad, y la llenaban de una luz tan viva como la del medio día. Las largas hileras de lozas labradas, que dividen el empedrado de la calle de Alcalá, heridas vivamente por la claridad, la reflejaban y presentaban á la alucinada fantasía, otros tantos arroyuelos de plata. Mis ojos estaban deslumbrados. Los retiré de este espectáculo y los convertí al interior del salón. Me pareció de pronto muy obscuro. Pero poco á poco todos los objetos se hicieron mas visibles, hasta quedar envueltos en una especie de luz celeste. La condesa yacía inmóvil en el sitio en que había quedado, apoyada la frente en sus manos, cruzadas sobre uno de los brazos del canapé.

La blancura de su conjunto arrojado en este fondo celeste, la asemejaba á una de aquellas vírgenes, que Murillo suspende, en el cielo de sus maravillosas pinturas. Sus rasgados ojos negros miraban al techo raso, húmedos y brillantes.

Mis ideas se confundían. No sabía si aquello era un sueño ó si me despertaba de él. Retorné, precipitadamente, á sentarme en una silla frente por frente de la condesa. Y volví á gustar de las dulzuras y de las angustias de mi pensamiento: hallé la realidad.

Ya la luna alumbraba completamente el salón. No me atrevía á mirar á la condesa. Esta situación, este silencio me eran insupportables. No pude contenerme por más tiempo.

—“Merceditas : voi á salir de España” —

—“¿Lo habeis ya resuelto?” —

—“Sí.”

—“¿ Y cuando es el viaje.” ? —

—“Mañana temprano.” —

—“ ¡ Mañana temprano ! ” —

—“Mañana al amanecer tomaré la posta para Cadiz, y en Cadiz me embarcaré para Méjico.” —

Lo dije y respiré. La condesa nada contestó y bajó la cabeza. Quedó algunos instantes en esta situación, y repentinamente se levantó, atravesó el salón con rapidez y entró en su dormitorio. Permaneció en él un minuto escaso. Sentí que abría una cómoda; volvió á sentarse en el canapé, trayendo en la mano un pañuelo de hollán bordado, que yo le había regalado. A la primer mirada lo reconocí.

¡Bajar la cabeza: levantarse: entrar en su gabinete: permanecer en él?... Iria tal vez á ocultar sus lágrimas!... ¡De los dos fué ella la que lloró primero; ¡ Ah! Lo ignoro. En cuanto á mí, lloraba, no podía ocultarlo y ni me afanaba en ello. Sollozaba; y cuando me sentí un poco menos sofocado y que me fué posible respirar, alargué mi mano á la condesa.

— ¡Será este Mercedesitas un adios eterno! Si es así; ¡cuan digno soi de vuestra conmiseración!... ¡Pensareis alguna vez en mí? ”—

— “Si” — me contestó con voz alterada, dandomé su mano derecha. La apreté entre las mias: ella se sonrió: sus ojos estaban bañados de lágrimas.

Se levantó nuevamente y se dirigió hacia la ventana. Lloraba y se enjugaba las lágrimas con su pañuelo. Volvió se acercó á mi asiento, y permaneció en pié junto á él. Tomé nuevamente sus manos y las estreché contra mi pecho.

—“ Se acabó Merceditas ¿ no es cierto ? Se acabó: no nos veremos mas.”—

—¡ Ah! el mar, todo el mar!!!—replicó ella temblando.

—“ Sí Merceditas: un mar entero va á interponerse entre nuestros dos corazones.”

“ Y en fin--dijo al parecer mas tranquila, y con voz menos demudada—¿ este momento será el último ? ¿ Pensaréis siempre en nosotros ? ”—

—“ ¡ Este momento el último! . . . ¿ dudáis si pensaré en vos siempre ? ”—

Me desprendí de su mano. Ella se sentó á mi lado; y yo apoyando mi cabeza sobre mis manos lloré amargamente.

—“ Ojalá, Merceditas, nunca os hubiera conocido. Para dos almas que han sabido entenderse, es el infortunio mas cruel tener que separarse para siempre.”—

—“ John: calmaos yo os lo ruego”--me dijo casi convulsa de agitada.—

—“Creedme Merceditas, no hallareis jamas un amigo que os ame al estreño que yo.”—

—¿Y podeis pensar que yo busque otro igual á vos?—

Y su mano vino á juntarse con la mia, y mi frente privada de este apoyo, se posó sobre sus rodillas.

—“Pero ¿qué importa mi destino? (esclamé alzando la cabeza, y dejándola caer sobre el respaldo de mi silla), ¿Qué importa mi felicidad?.... Al menos la vuestra está sólidamente asegurada.... Os dejo feliz. Amais: sois amada ¿que puede hacer falta!.... Yo.... si es posible vivir de dulces memorias.... Yo viviré de las vuestras. Esto es demasiado, infinito para mí. Hai malas estrellas, y yo no tengo porque quejarme de la mia. Pude no conoceros ¿y no es algo consolador haberos visto un dia en el curso de la vida? ¿Y no es una bendicion del Ciele, el que me acompañe á mi destierro vuestra imagen?”

Estaba violentamente conmovido. Mi corazon palpitaba con una violencia, cual si quisiera escaparse del pecho.

En esto la ventana, que yo habia ajustado mal, se abrió de par en par con mucho es-

trépito. Me estremecí y miré á la condesa. La claridad de la luna, que hasta entonces no habia podido manifestarse á causa de las cortinas, alumbró de lleno su rostro. Ví entonces dos gruesas lágrimas brillar, temblar en sus rasgados y hermosos parpados, y correr lentamente por sus mejillas. ¡ Dios mio ! ¡ Dios mio ! ¡ Que bella, que digna de ser adorada estaba en esta situacion ! No era una muger del mundo: era una santa: la Magdalena. Iba yo á prosternarme á sus pies, y á besárselos dándome golpes en el pecho. Ella se levantó en este crítico instante. Fué á pasar por mi lado, yo la tomé una mano y la apliqué á mis labios: ella hizo esfuerzos tenaces por retirarla, y como poseida de un terror pánico, corrió á colocarse en el fondo del salon.—Y despues de un largo rato de silencio se acercó y me dijo, con una voz dulce y tranquila.—“ Parecemos muchachos : John serenaos voi á llamar y pedir que traigan luces. Entretanto levantaos y poneos en el balcon. Ea amigo mio, valor. No es de hombres prudentes llorar y desesperarse de esa manera. Tomad este pañuelo y enjugaos las lágrimas.” . . .

Lo tomé y fuí á ponerme en la ventana. Pero ¡oh dicha! El pañuelo estaba húmedo, húmedo de sus lágrimas. Despues de aplicarlo cien veces á mis labios, lo coloqué junto á mi corazón. ¡Prenda de los adioses yo te conservo aun, como al más santo de los talismanes!

Era ya mui tarde. La calle de Alcalá estaba casi desierta, y no se oía sino los *¿quién vire?* de los centinelas de los cuerpas de guardia. Cerré la ventana.

Encontré el salon completamente iluminado. La condesa estaba en el canapé; al parecer mui ocupada en examinar un dibujo.

—“Merceditas (la dije) tendria el mayor placer en escucharos todavia una vez. *¿Quereis cantarme alguna cosita?*”—

Se estremeció y alzó los ojos.

“Si amigo mio, con mucho gusto. No sé si estaré capaz de cantar esta noche; pero haré un esfuerzo.”—

Abrí el piano y acompañé á él á la condesa. Permanecí en pié á su lado,

--*¿Qué quereis que cante John?*--

—“Aquello que os agrade. Lo que necesito es oiros. . . . Si quisierais cantar el *Catesero*, vuestra *Tirana* favorita.”—

Preludeó algun tiempo y comenzó con voz mas regular.

Iba un chuzco calesero
 Por un camino cantando
 Al són de las campanillas
 Que llevaba su caballo;
 Adios, mi querida prenda,
 Adios, mi dulce cuidado,
 Acuérdate de un amante
 Que por ti vá suspirando,
 Duélete de mis pesares.
 Duélete de mis quebrantos.....

—“John me es imposible seguir.”—

—“Descansad un poquito, y quizá os será posible continuar.”—

Me senté en una silla y apoyé la cabeza en la tabla del piano.

—“Voi á concluir dijo Mercedes.”—

De esta suerte el pobrecito
 Se consolaba cantando,
 Y aliviaba del camino
 Las penas y los trabajos.
 ADios, mi querida prenda.
 ADios, mi dulce cuidado.
 Acuérdate de un amante
 Que por ti vá suspirando.
 Duélete de mis pesares.
 Duélete de mis quebrantos.
 Andaba poco á poco

El pobrecito caballo,
Porque le pesaban mucho
Los cuidados de su amo.
Adios, mi querida prenda,
Adios, mi dulce cuidado,
Cuando volveré yo á verte
Y á gozar de tus alhagos !
Duélete de mis pesares,
Duélete de mis quebrantos.

Quien no ha oído cantar à Mercedes, es imposible pueda formar idea de la impresión que produjo en mí este romance tan sencillito y natural. Mientras que la condesa tocaba, yo tenía, como he dicho ya, la frente apoyada en una tabla del piano, de suerte q' las vibraciones de sus cuerdas se comunicaban á mis nervios, y ponían en movimiento todas mis fibras; entretanto que la voz de Mercedes penetraba hasta el fondo de mi alma. Con tales emociones tenía mi interior tan despedazado, cual si la acción de una electricidad continuada, se hubiera apoderado de mi cuerpo por algunos segundos.

Dieron las once y la condesa estaba todavía en el piano, cuando entró su marido. Se acercó á ella, la dió algunos abrazos en el cuello. Me alargó la mano, y yo

dejé, sin hacer el menor movimiento, por mi parte, que tomára la mia, y la apretára entre las suyas.

—“ Estabais entretenidos con la música, (dijo el conde con un aire lleno de frivolidad é indiferencia, al mismo tiempo que se acomodaba el pelo delante de un espejo.) Yo vengo de escuchar una excelente. La *Streniera* de Bellini ha sido ejecutada primorosamente en el teatro del Príncipe. Esta ópera es hermosísima, y por otra parte, la *Todi* se presentó esta noche mas celestial que nunca.”—

—“ Perdona, amigo mio, si no te pedimos mas detalles sobre la exhibicion. Estamos mui tristes. Mr. John nos deja y parte mañana para Cadiz y de allí se traslada à Méjico.”—

—“ ¿ Es posible [dijo el conde, con un tóno cariñoso pero helado]. ¡ Qué! ¿ Dejais tan presto à vuestros amigos? Vais á Méjico: sin duda es un hermoso pais; pero està mui lejos. No hai duda, es un destino mui ventajoso para vos; y aunque con el sentimiento de tener que perderos, os doi la enhorabuena.”—

—Dí las gracias al conde.—

Era cerca de media noche y hora de retirarme. Me despedí de los dos amigos, que no debía ver mas.

Di la mano al conde: no podia despedirme de otro modo mas afectuoso. Besé la mano á la condesa. Entre ella y yo este era un *adios pro forma*, un *adios* superfluo. El *adios* verdadero, el *adios* de las almas, ya lo habiamos pronunciado antes, llorando juntos.

Al amanecer del dia siguiente partí para Cadiz.

LORD FEELING.

AL RETRATO DE CLOE.

Al mirar tu retrato
 Mil ojos congregados
 Vacilaban en dudas
 Con dictámenes varios.
 Unos ser de una ninfa
 Creían engañados,
 Otros al ver las flores
 Que á sus pies han brotado.
 Es de Flora, decían,
 Tan hermoso retrato:
 Otros, no, que es de Venus.
 La sonrisa y agrado:
 La acompañan las gracias
 Los céfiros alados:
 Es sin duda la madre
 Del Dios niño vendado.
 Pero mi amor á todos
 Dejó desengañados,
 Diciéndoles: "es Cloe
 Dueño de mis cuidados."

**A UNA DAMA NACIDA A FINES DE
DICIEMBRE.**

Principio el Otoño os dió
Y acabó la obra el Estio,
Reina del calor y el frio
El Mundo te recibió
Céres y Pomona fueron
De tu córte á la verdad
Y aun hablando en realidad,
Lo fué el Universo entero.
El Sol para mereceros
Paró su curso, y la Tierra
Mas largos sus dias cierra,
Y aun no se cansa de veros.

CELIO.

A UN ABOGADO.

Es perito mi Abogado :
Desgracia no sepa hablar
Ni un libelo redactar—
—¿Y qué sabe tu Letrado ?
Es largo de ennumerar :
Civil Hispano derecho.....
Mas aclarémos un hecho
¿ Sabe ó no raciocinar ?

EL HARPA DE OFLINN.

CUENTO IRLANDES.

Navegábamos una tarde por el lago de Kylaney: todo se hallaba en calma, y solo los blandos céfiros agitaban suavemente el pabellon verde de Erin, que adornaba nuestra popa. Habia entre nosotros pareceres diversos sobre el origen del harpa de oro, que la bandera Irlandesa tiene por armas. De los que disputaban, uno de los remeros fué quien me llamó la atencion, por el calor con que se espresaba; y no pude menos de preguntarle cuales eran las noticias que tenia acerca del estandarte de su país.—"¡Que! Me contestó, ¿su merced no ha leído en sus libros de teología, nada sobre el origen del estandarte irlandes y será posible que el viejo Derrick, sepa mas que un Dr. en este particular?... Diré à V. S., pues que asi lo quiere lo que sé."

Hace muchos siglos que habitaba en las márgenes de este lago un jóvencito llamado Filin Oflinn. ¡ Ah! Aquel si que era un neto irlandés! En el baile, en la carrera, en todo sobresalía. En una palabra era el rei de los buenos mozos de estos contornos. Las muchachas bonitas se bebían los vientos por él; pero en valde porque Oflinn habia ya entregado su corazón, à una morenilla de ojos negros, que vivía en una cabaña vecina à la suya; y como dice el refran, *quien quiere vivir dichoso no vá á buscar la muger mui lejos*, ellos satisfechos con la mútua correspondencia de su cariño, no euidaban para nada de su mucha pobreza. Y así estos pobres muchachos, sin tener un ochavo con que hacer frente à los gastos de boda, ni con que costear el ajuar de los hijos de su amor, estaban, sin embargo, resueltísimos à casarse cuanto antes.

Un dia que Oflinn, sentado en el umbral de su choza, revolvía mil risueños proyectos, descubrió el harpa de su abuelo, suspendida de una de las vigas q' sostenian el techo. Su abuelo habia sido uno de los mas famosos bardos de su época; y su nieto, recordando la inmensa gloria que él habia ad-

quirido viajando con su harpa, formó la resolución de hacerse músico. Tenia oído fino y buena voz, y juzgo que no le seria mui difícil aprender este arte. Pero era necesario componer el instrumento; por que muchas de su cuerdas estaban rotas, algunas clavijas se habian perdido, y la harpa no daba sino sonidos desacordes. Ofinn no se desanimó por este embarazo, y continuó en sus propósitos. Mas un dia aburrido de haber preludeado muchas horas, sin haber podido tocar una pieza entera le faltó la paciencia, y tiró el instrumento diciendo "Por Dios, que no te volveré à tomar en mis manos si el Diablo, no se me ofrece por maestro."

Ese mismo dia por la tarde, cuando volvia de la casa de su novia, à quien habia estado à visitar, al trepar una roca que estaba en medio del camino, se le apareció repentinamente un hombre de aspecto sereno y le dijo lo siguiente: "Amigo Filin yo vengo à servirte de maestro y te enseñaré à tañer el harpa, segun lo deseaste esta mañana."

"Virgen mia, dijo Filin para sí, este sin duda es el enemigo malo que viene à exi-

girme el cumplimiento del juramento que hice hoi. ¿Pero como habia de pensar que él me escuchaba?" Y esforzando la voz, lo mejor que pudo, le preguntó ¿me será dado saber el nombre vuestra merced ?

“¿ Porque no ? No te asustes : yo soi el Diablo.”

Oflinn quedó estupefacto; pero recobrando al momento su natural serenidad, solo pensó en hallar un medio de engañar al Maligno.

—“ Mui bien, le contestó, pero me ha de decir su merced ¿ de qué modo vá á darme sus lecciones, y que recompensa pide por su trabajo ? ”—

—“ Antes de comenzar quiero darte una corta muestra de mi saber. En cuanto al precio de mi trabajo no exijo de tí otro sino que seas mio despues de tu muerte: esto es lo único que quiero de tí, mi querido Filin.”

“Cáspita (decia entre sí Oflinn) aprendamos y despues veremos modo de salvarnos del aprieto”—“ Si su merced quisiera tocar una composicion cualquiera, mientras tanto que me decido, le estaria sumamente agradecido.”

Entonces el Diablo sacó de entre su capa una linda harpa, guarnecida de oro. “Escucha Filin, y advierte que los sonidos de esta harpa harán bailar irremediablemente, y á su pesar, á cualquiera y aun á los muertos, como no hayan pasado quince dias despues que se les enterró.” Decir esto y tocar casi fué una misma cosa. Filin como se lo habia predicho el Diablo, no pudo estar quieto y se puso á bailar, y á hacer piruetas como si hubiera sido danzarin toda su vida. Satisfecho el Diablo de los efectos de su música dejó de tocar.

—“Vaya Filin, ¿qué tal? ¿Hacemos trato?”—

—“Dudo q’ mi mano sea tan hàbil como la de su merced; pero si me permitiese preludear un poquito, yo le daria mi contestacion al instante.—Sea como tu dices.—

No bien tuvo Ofinn en sus manos el harpa, cuando se ocupó en hacerla dar sonidos. ¿Y cuál seria su admiracion y placer, al ver que el Maligno empezó à hacer unas piruetas tan violentas, cual pudieran hacerlas los mejores bailarines de la ópera?—“¡ Ah ! ¡ Ah ! Maldito: estás prisionero en las mismas redes que habias tendido, y no espe-

res que te deje reposar, sino me aceptas las condiciones que voi á imponerte.—Y Filin tocaba mas á prisa, y el Diabolo daba brincos por los aires.

—“¡Filin! Filin! (esclamaba) para un poquito: mira que voi á caer en el lago, y tú sabes que yo no puedo estar en el agua un momento.”—

—“¡Que me importa!” Contestó Oflinn con cachaza.—

—“Yo te daré mi harpa devalde.”—

—“Por supuesto; y lo q'yo pretendo es q' ella me acompañe toda mi vida. Mas á fin de pagarte la mala partida que me querias jugar, voi á estar tocando hasta mañana, para que todas las gentes de la comarca se rian en tus barbas, al ver como te has dejado engañar.”—

—“¡Filin! ¡Filin! Dádme un momento de descanso y consentiré en cuanto se te ocurra.”—

¡Que mejor cosa podia sobrevenir en este aprieto, que la presencia del reverendo padre Ogorman.—Mas este santo hombre no bien descubrió al Diabolo, se puso á tiritar y ya se preparaba á poner pies en polvorosa, si Oflinn no le hubiera gritado.

—“ Venid padre: esta es la ocasion de obrar: vamos sacad el breviario y haced la señal de la cruz, y vereis como nos desembarazamos de este buen alhaja.”

En efecto Oflinn y Ogorman persiguieron al Diablo, con la música y la señal de la cruz, por entre montañas y precipicios: y no pararon hasta arrojarlo fuera de las fronteras de Irlanda, adonde el Maligno no ha vuelto à aparecer despues de este chasco.

Lo que hubiera sido la perdicion de otro, hizo la fortuna de Oflinn. Pero este, era demasiado cauto para esponerse de nuevo, á los peligros de que milagrosamente habia escapado. Se casó con su amada, y pasaron ambos el resto de sus dias en una choza, que edificaron en una isla, que todavia se conoce, por la isla del *Músico*. Con su harpa en el brazo, viajaba muchas veces Oflinn, hechizando á toda Irlanda, con la deliciosa melodía de sus sonidos. Despues de su muerte su harpa fué colgada en las murallas de Inisfail; pero no ha habido nadie que se haya atrevido a pulsarla. El rei y el pueblo la tuvieron tal veneracion, que la hicieron bordar en sus es-

tandartes; y en la actualidad aunque el nombre de Offinn, esté casi totalmente borrado de la memoria de sus compatriotas, su harpa se ostenta en cualquier parte donde se despliega la bandera de Irlanda. ¡ Que ella subsista por largos siglos, tan hermosa y tan pura como la tierra encantadora de quien es el emblema !

Este es el origen (dijo el remero) del harpa que sirve de armas á nuestra bandera.

THE OLIO.

AMBIGU.

PREGUNTA

**Para poder llegar á ser felice
Consultaré á mi ingenio ? ¡ O mas discreta.
Seguiré al corazon en lo que dice ?**

RESPUESTA.

**El corazon te llevará á deslices,
Del ingenio es mui larga la receta
A la razon, tan solo escucha Nice.**

LA REINA SEMIRAMIS.

—“ Sí, (decía el rei Ninus á Semíramis) de todas mis mugeres eres tú á la que mas quiero. Ninguna es tan graciosa y tan amable como tú. Y yo por tí renunciaria gustoso á todas ellas.”—

—“ ¡ Que la prudencia dirija los propósitos del rei!—¿ Si yo le exigiera el cumplimiento de su palabra ? ”—

—“ En tanto que tú me ames ¿ que puede importarme la belleza de las otras mugeres ? ”—

—“ De modo que si yo os suplicase que cerrascis el serrallo, y despidieseis á las esclavas que lo habitan, ¿ sería yo la única á quien amaríais, la única que participaria de vuestro poder ?—¿ Seria yo en una palabra vuestra esposa y la reina de la Asiria ? ”—

Acompañaba Semíramis, sus palabras de un fuego que contribuia á hacerla mil ve-

ces mas linda. Pero cerrar el serrallo y echar fuera à las mugeres que lo ocupaban, pareció à Ninus una determinacion de bastante gravedad. Asi no contestó à Semiramis terminantemente, y se limitó á decirle.

—“¿ Reina de la Asiria? Ya lo eres pues que reinas sobre su monarca.”—

—“ Yo no reino: soi una esclava á quien amais en la actualidad. ¿ Pero quién me responde que esto durará siempre?.... Yo no reino: agrado solamente. Si ordeno algo no se ejecuta sino despues de consultarlo con vos.”—

—“ ¿ Y crees que reinar es un bien digno de envidiarse? ”—

—“ Sí : para todo aquel que jamas lo haya poseido.”—

—“ ¿ Quieres poseerle ? ¿ Quiéres reinar en mi lugar, por algunos dias ? ”

—“ ¿ Cuidado !....¿ Cuidado ! No prometais mucho.”—

—“ Sí: yo te lo repito ¿ quiéres ser por un dia señora y soberana de la Asiria? Te lo concedo.”—

“ ¿ Y se ejecutará todo lo que yo ordene? ”—

—“ Sí: te traspasaré, por el término de

veinte y cuatro horas, mi poder y el cetro de oro, su emblema.”—

—“¿Y si en ese día mandase que se cerrara el serrallo?”—

Ninus se sonrió.—“Soy incapáz de faltar á mi palabra. Un dia entero serás la reina y la soberana absoluta de la Asiria. Yo te lo juro. A tí, y no á mí, obedecerán el palacio y el imperio: á ti únicamente. Guarda para aquel dia todos tus deseos; porque en él todo lo podrás.”—

—“¿Y cual será ese dia?”—

—“Si te agrada el de mañana.”—

—¡Convenido! (esclamó Semiramis) E inclinándose cariñosamente sobre los hombros de Ninus, recostó su cabeza en ellos. Su semblante era el de una muchacha bonita, que pide perdon de sus caprichos, despues que ha conseguido satisfacerlos.

Anocheció: nunca Semiramis habia mostrado tantos hechizos ni un amor tan ardiente, y nunca habia sido Ninus tan feliz. Al otro dia, por la mañana, dijo el rei é Semiramis, “este es el dia de tu reinado.”

Semiramis llamó á sus esclavas, y las ordenó que la vistiesen magnificamente.

Se ciñó la frente con una corona de piedras preciosas, y se presentó al enamorado Ninus. El rei, encantado con su belleza, ordenó que todos los empleados y sirvientes del palacio, se reuniesen en la sala del trono, y que se sacase de su tesoro el cetro de oro, y se lo trajesen. Cuando estas órdenes se cumplieron, y que toda la grandeza se reunió en la sala, procurando adivinar en vano, el gran suceso que se preparaba ; mandó abrir las puertas del gabinete en que estaba él y Semiramis, y tomándola por la mano, la introdujo à la sala. Todos se prosternaron á la presencia del rei. Ninus llevó á Semiramis hasta el trono, que estaba colocado en medio del salon, y la hizo sentar en él ; y haciendo señal de que todos se pusiesen en pié, les anunció que en todo aquel dia se tuviese à Semiramis por reina, y se la obedeciera como si él mismo fuese. Tomó el cetro de oro, que tenia el gobernador de los esclavos, y poniéndolo en manos de Semiramis la dijo. “Reina, esta es la insignia del poder supremo : tomadla, y servios de ella para haceros obedecer como soberana. Cuantos veis son vuestros esclavos, y yo tambien lo

soi en todo este dia. Cualquiera que fuere remiso en cumplir vuestros preceptos, que sea castigado como si faltase á los mandatos del rei.” —

Despues de haber terminado este pequeño discurso, el rei se arrodilló, ante Semiramis, quien le dió sonriéndose la mano. Los cortesanos pasaron por uno de los frentes del trono. Semiramis tocó á cada uno con la punta del cetro regio, y recibió de cada cual de ellos, el juramento de poner ciegamente en ejecución sus mandatos. Semiramis ostentó durante esta ceremonia, tal magestad en el semblante, que el rei admirado, la preguntó que habia hecho para revestirse en ella de de tanta dignidad.

—“ Era que mientras me prometian obediencia, pensaba que yo era dueña de sus acciones. A un dia está reducido mi poder y quiero aprovecharlo.” —

El rei se echó á reir de esta respuesta. No habia amado jamas á Semiramis tanto como en aquel instante --“ Veamos decia, que tal desempeña su papel, y porque disposiciones vá á principiar.”

—“ Acérquese á mi trono el secretario del reino.” Se acercó, y dos esclavos pu-

sieron junto á él una mesa pequeña. —“ Escribid.” —

—“ El gobernador de la ciudadela, so pena de la vida, entregará su espada, y se pondrá á disposicion de quien le entregue esta real órden.” —

“ Cerradla, selladla y entregadme la.” —

“ El general del ejército, acampado al rededor de los muros de Babilonia, entregará el mando de las fuerzas que le obedecen, al que ponga en sus manos este real mandato, so pena de perder la cabeza si asi no lo ejecutáre.” —

“ Cerradla, selladla y entregadme la.” —

Puso en el seno estas dos órdenes. La corte entera estaba atónita, y aun el rei mismo estaba suspenso.

“ Dentro de dos horas todos los dependientes de la corona, y dignatarios del reino vendrán á ofrecermé sus presentes como es de costumbre al advenimiento, de cada nuevo soberano al trono. Esta tarde habrá un magnífico festin y una gran fiesta para el pueblo.” —

—“ Esperad: aun tengo que daros una órden.” —

‘ El primer eunuco presentará esta tarde

á la mesa del festin veinte doncellas de las mas hermosas. Su cabeza me responderá del exacto cumplimiento de este mandato.”

Retiraos todos: solo quede conmigo mi fiel esclavo Ninus: tengo que consultale sobre algunos negocios de estado.”

Cuando Semiramis advirtió que las gentes se habian retirado, dijo á Ninus. “Ya veis que me porto con toda la nobleza de una reina. No quisisteis sacrificarme vuestro serrallo: y yo hoi lo he aumentado. ¿No es esto conducirse con generosidad?—

Ninus se reia:—“Reina celestial, representais vuestro papel primorosamente; pero si es permitido á vuestro esclavo haceros una pregunta. ¿Con qué objeto habeis hecho ostender los tres decretos que guardais en el seno.”--

—“No es de reyes dar cuenta de sus acciones; pero, á pesar de esto, os diré que queria vengarme de los tres oficiales, para quienes estan rotuladas las órdenes.—

--“¿Vengaros! ¿Y porque?”--

—“Del gobernador de la ciudadela: por que es tuerto, y me causa miedo toda vez que lo encuentro al paso. Del gefe de los

eunucos porque dos ocasiones os ha presentado esclavas hermosísimas, con la mira de distraeros de mi amor ; y del general del ejército, porque me priva con mucha frecuencia, de vuestra persona. Sin cesar estais en los reales de los soldados. Estoy zelosa del ejército, y ya que no puedo destituirlo en masa, me consuelo con destituir á su gefe.”

Esta respuesta llena de gracia y lisonja, encantó à Ninus.

—“ ¡ Mui bien ! exclamó riéndose. ¡ Tres procéres destituidos y por motivos de mucha gravedad ! ”—

—“ ¡ Ah ! Destituir es mi fuerte. Os advierto que en estas veinte y cuatro horas, voi à trastornar todo el imperio. ”—

Ninus y la reina, fueron à pasear al jardin del palacio. Los esclavos encargados de cultivarlo, se pusieron de rodillas por respeto à Semiramis.

—“ Estos deliciosos jardines son vuestros. ”—

—“ ¡ Deliciosos jardines ! ¡ Y qué tienen de raro para que sean dignos de un monarca ? ¡ El mas inferior de vuestros generales puede tener unos semejantes ? ¡ Que

mal sabéis usar del poder de hacer todo lo que quiere vuestra voluntad! ”—

—“ Pero de ese derecho estais hoy revestida ¿ cómo pues no lo poneis en práctica ? ”—

—“ Vais á verlo, dijo Semiramis, y dirigiéndose al jardinero mayor. ” ¿ Ves ese pórtico sostenido por columnas de granito de cien pies de alto, y la colina que lo domina ? Pues coloca el jardín con sus árboles, sus flores y sus fuentes sobre la colina.”—

—“ ¡ Reina . . . ! ”—

“ Si no me obedeces al punto, te hago cortar la cabeza. Dispon que los brazos de veinte mil esclavos esten prontos á tu voz, y ejecuta lo que te mando. Semiramis vá á tener jardines dignos de ella.”

El jardinero mayor quedó asombrado, y Ninus se reia.

Un eunuco se acercó y la dijo. “ Gran señora los procéres del reino os esperan, para q’ os digneis aceptar sus homenages.”

—“ Seguidme fiel esclavo, dijo á Ninus, con una dulce sonrisa y entró en el salon del trono.”—

Los procéres desfilaron ante él, cada

uno traia un presente. La mayor parte de ellos consistian en oro y piedras preciosas. Semiramis, mirando con menosprecio estos fútiles embelecocos, ordenó al tesorero diese á cada señor, una recompensa que fuese de triple valor en comparacion al obsequio recibido.

—“ Los presentes que reciba un soberano (decia á Ninus) deben ser regalos y no limosnas.”—

Despues se presentó la servidumbre de palacio. Sus individuos ofrecieron á la reina flores, pájaros vistosos y singulares. Semiramis aceptó estas ofrendas con muestras de bondad y cariño.

Llegaron en seguida los esclavos, á quienes su miseria inhabilitaba para ofrecer presentes. Los primeros que los encabezaban, eran hermanos jóvenes, á quienes habia conducido del Caucasó, la misma caravana, que habia traído á Semiramis. Hacian el oficio de guardias del palacio y eran atrevidos y valientes. Semiramis les conocia; pues en el viage ellos fueron quienes mataron un enorme tigre, que atacó y puso en conflicto la caravana. Sin embargo ellos no conocian á Semiramis; porque á

pesar de la confusión que causó en los viajeros la aparición de la fiera, las mugeres tuvieron siempre el rostro cubierto.

Cuando ellos se aproximaron à el trono, les preguntó la reina si no tenían alguna ofrenda que presentarle.

—“ Ninguna, respondió el primero que se llamaba Zopiro, sino mi vida para sacrificarla defendiendoós.”—

—“ Ninguna, contestó el segundo que se apellidaba Artabanes, sino mi espada contra vuestros enemigos.”—

—“ Ninguna, replicó el tercero que se llamaba Assur, fuera del respeto y admiración que excita en mí vuestra presencia.”—

—“ Esclavos (dijo Semiramis) de todos los presentes que se me han ofrecido ningunos son para mí de tanto valor como los vuestros; porque no se pueden recompensar, ni con todos los tesoros de mi imperio. Pero por esto no creais que Semiramis nada os dé en recompensa.”—

—“ Tú, que me has ofrecido tu sable para destruir à mis enemigos, llevarás esta orden al general del ejército, y aguardarás mis instrucciones.”—

—“ Tú, que me has ofrecido sacrificar

tu vida en mi defensa, llevarás esta al gobernador de la ciudadela, y esperarás mis órdenes.”—

—“Y tú, en fin, que me has ofrecido respeto y admiracion, y que pareces ser el mas fino de mis cortesanos, entregarás esta órden al comandante de los esclavos de este palacio, y te dispondràs á ejecutar lo que yo te indique.”—

Los tres hermanos partieron al instante. Semiramis despidió à los circunstantes y quedó á solas con Ninus.

—“Os advierto que voi á trastornar completamente vuestro imperio. Ya veis que traspongo vuestros jardines á las colinas y hago á tres esclavos generales de vuestro ejército. Voi á mi tocador á prepararme para el festin de esta noche. Asistireis á él, ¿no es cierto? Mientras me visto juzgareis de la hermosura de las esclavas, con que he aumentado el serrallo.—

Ninus, cada vez mas ciego de amor por Semiramis, la acompañó à su tocador. A los pocos instantes fueron introducidas á él una á una, las mugeres destinadas al serrallo. Algunas eran hermosas, otras solamente bonitas.—“Haceis mal, le decia ella, de no

cuidaros de estas esclavas recién venidas: mirad aquella jovencita ¡que aire tan tímido! ¡Oh! Es muy interesante!”—

Cuando se reunieron hasta quince esclavas, anunció al rei el eunuco q’ le habia sido imposible encontrar mas.—“Está bien” dijo Ninus con indiferencia: está bien.”—

Los ojos de Semiramis se encendieron de cólera.

—“Esclavo: te previne esta mañana que si no me presentabas veinte mugeres te haria cortar la cabeza: no hai sino quince, ¿y las restantes?”—

El eunuco miró á Ninus—

—“A Ninus no es al que has de responder de tu inobediencia, sino á mí ¿donde se hallan las cinco mugeres que faltan? Necesito verlas, ó à tu cabeza separada de su tronco.”—

—“Mi cabeza no caerá de mis hombros sin la voluntad del rei”—

—“Esa palabra es la sentencia de tu muerte”—Y dando algunas palmadas—Ola, esclavos, arrastrad á este miserable al patio del palacio, y cortadle la cabeza. Me la presentareis antes que se dé principio al convite. Marchad.”—

Los esclavos se esperaron un instante, creyendo que Ninus iba á ordenar algo; pero Semiramis repitió la orden y el eunuco fué arrastrado fuera del salon.

—“¿Serà este vuestro postrer capricho?”
Dijo Ninus, riendo.—

—“No: aun me quedan seis horas de reinado.—

—“Reina mia: yo os doi de mui buena gana la cabeza de ese pobre eunuco, pero no merece la pena de que os incomodeis, el que tenga yo cinco mugeres de mas ó de menos.”—

Sin ocuparse mas del esclavo decapitado, siguieron conversando Ninus y Semiramis, sobre cosas indiferentes. Llegó la noche y Semiramis se trasladó á la sala del festin. Al entrar á ella un esclavo la presentó en una fuente la cabeza del eunuco. Semiramis la examinó atentamente, para ver si era la del mismo, á quien ella habia mandado degollar.—“Mui bien, poned esta cabeza en el patio, sobre un palo: quedaos á su lado y advertid á todos los esclavos que pasen á la fiesta, que ahora tres horas vivia este hombre, y que por haberme desobedecido ha dejado de existir”—

La función fué magnífica: danzas, flores, perfumes, manjares deliciosos: nada faltó, Semiramis recibía los homenajes de los convidados, con la mayor dignidad, y á cada momento hacia nuevos obsequios á Ninus.

—“ Sois (le decia sonriéndose) un rei extranjero, que ha venido á visitarme á mi palacio y es preciso que procure contentaros lo mejor posible.”—

Cuando se sentaron á la mesa, Semiramis colocó á los convidados, sin miramiento á su rango. En el último extremo de la mesa sentó á Ninus: los tres hermanos compañeros suyos en el viage, tomaron asiento á su lado.—“ ¡Ejecutasteis las órdenes que os dí?”—Les preguntò Semiramis.—“ Sí reina”—

La comida fué de las mas alegres. Ninus y los grandes se reian de los caprichos de Semiramis. Un esclavo sirvió el primer plato á Ninus, llevado de la costumbre; la reina le hizo azotar: sus gemidos se mezclaban con las risadas de los convidados. Acia el fin de los postres, Semiramis, dijo lo siguiente.

“Señores : el tesorero del imperio me

he leído la lista de los individuos, que me presentaron sus ofrendas por mi advenimiento al trono, y he advertido que falta el nombre de uno de los grandes señores de mi córte.”

—¿Quién es ese? Esclamó Ninus: merece un severo castigo”—

—“Eres tú, dijo Semiramis, tú que alzas la voz con tanta confianza hicistes esta mañana algun presente á la reina?”—

Ninus se levantó y la dijo sonriéndose algunas pa'abras al oído.

—“Esclavo: insultas á la reina.”—

“Me echo á sus pies para obtener mi perdón. ¡Perdón! Reina celestial. ¡Perdón!”—“Por Dios, la decia en voz baja, que concluya esto pronto: fallezco de amor.

—“¿Quereis que abdique? Le contestó Semiramis en el mismo tono, me faltan dos horas aun.”—El rei la dió muchos besos en la mano.

“No perdonaré, exclamó la reina tan grande desacato. Esclavo: disponte á morir.”—

—“Loquita: la decia Ninus siempre de rodillas, voi á prestarme á tus caprichos; paciencia; tu reino ya vá á concluir.”—

—“Sí, pero no podrás impedir lo que voy á ordenar ahora mismo”—

—“Esclavos: aprehended á este hombre: sí: á Ninus.”—

Ninus sonriendose, fué á donde estaban los esclavos para que le encadenasen.

—“Llevalle fuera de esta sala y preparad su suplicio.”—

Los esclavos obedecieron y llevaron á Ninus. Al pasar por el corredor que conducia al patio, enfrentaron con la cabeza del eunuco, que habia desobedecido á Semiramis.

La reina corrió al balcon.—

—“Zopiro: vuela á la fortaleza. Tu Artabanes, al ejército. Assur cuida de que las puertas del palacio esten bien custodiadas.”—

Estas órdenes dadas á media voz, fueron al instante puestas en ejecucion.

—“Vaya, dijo Ninus, soltando una carcajada, cuando llegamos al desenlace de la comedia.”—

—“Hétele aqui “contestó Semiramis.”—

“Esclavos: ¿veis esa cabeza ensangrentada que está enfrente de vosotros? Temblad y obedecedme.”—

--“ Dividid la garganta de Ninus.”—

Apenas pudo dar Ninus un grito: su cabeza rodó sobre las lozas del patio: sus labios estaban aun en actitud de sonreirse.

--“ Soy reina de la Asiria (esclamó Semiramis) y el que se atreva á desconocer mi autoridad, morirá como murió el eunuco, y como ha muerto Ninus.”—

(MANSENIUS).

A UN POETA.

Afreatado de vapores báquicos
Se creia un Quidan por autor mui clásico:
Si trataba de algun asunto acético
Su hablar era un hablar propio de un médico :
Y si le daba por hacer de crítico
Creía deber portarse como un químico.
Supuso alguna vez que era gran téologo,
Y lo quiso probar con un apólogo.
Por los dedos contaba el verso lírico
En que pintó un naufragio en el Pacífico ;
Y el ditirambo en que el amor omfálico
De Hércules, dibujó con tono enfático ;
Y queriendo otra vez hablar de Tópicos
Del Ecuador trató y aun de los Trópicos.
Se jactaba de ser el mayor físico
Y aun el mas encumbrado metafísico :
Pensó que su cerebro era simétrico
Y ser su percepcion en tono métrico :
Leyó algunos fragmentos de retóricos
Y pasó muchos dias melancólicos :
Al fin le dió por el humor poético,
Y el sistema adoptó de lo patético.
Conformó su carácter á lo estático
Y en cualquier lance se mostraba apático
Absorto en ideas las mas clásicas,

Idílicas heróicas, dramáticas.

**Dejando á un lado todo asunto místico
Y aun el moral, histórico y científico,
Un poema quiso hacer de amor simpático
Mostrando de él un plano topográfico.**

**La frente restregó con mano trémula
A fin de conmover su oblonga médula
Alzóse el pelo, y prorrumpió fatídico,
Tragi-cómico erótico y satírico
En estas voces que llamó simbólicas
Teólogo-fisi-histori-mitológicas.**

**“ O prudencia y templanza soporíferas
” Justicia y fortaleza siempre armígeras :
” Equilibrio del mundo neutoniánico :
” Oh Ines de Castro dada al terror pánico.
” Oh nueve hermanas que desde el pináculo
” Del Parnaso, seguis de Apolo el báculo,
” Haced que pinte yo el amor platónico
” Cual lo hiciera el mas grave autor theutónico.”**

**Un poeta cesudo oyendo el cántico
Que imitar pretendia el romántico
Dijo al novel : ; Cuidado que es diabólico
Vuestro modo de hablar archi-anti-lógico.
Si no os es dado el estro apolinárico
Porque afectais sentir ardor pindárico !**

**No prosigais vuestra cancion narcótica
Indefinible, rara y estrambótica :
Si de escribir sentís pasion maniática
Entregaos mas bien á la escolástica,
Y Jamas escribais sino en prosaico
Pues vuestro verso no es mas que un mosaico.**

LA GENEROSIDAD.

CUENTO TRADUCIDO LIBREMENTE DE
BOCACIO.

El Sr. Rogerio Figiovan fué uno de los mas amables y valientes caballeros de Florencia, y quizá uno de los mejores hombres de honor que produjo esta ciudad. Colmado de bienes de fortuna, deseó ilustrarse y no estando entonces la Toscana en situacion de llenar su objeto, resolvió entrar por algun tiempo al servicio de Alfonso rei de España, principe de tal reputacion que eclipsaba á todos los monarcas sus vecinos.

Pasó, pues, á Madrid seguido de una numerosa comitiva, y obtuvo allí el mejor recibimiento. Mientras permaneció al lado del rei vivió de una manera brillante, y

se señaló por acciones que le adquirieron el mejor crédito. Como estudiaba con esmero el caracter de Alfonso, notó que este concedia gracias con indiscrecion, y que no era el mérito el que determinaba sus favores: estos se distribuian entre gentes desconocidas, que para obtenerlos no habian contado con mas elementos que los de la intriga y manejos pocos nobles. Rogerio conocia bien cuanto valia, y viendo que se le olvidaba en el reparto de las gracias, concibió que esta pretericion podria dañar à la opinion de su persona, trató asi de retirarse del lado del monarca español y pidió su licencia que obtuvo sin demora.

El rey le regaló la mejor mula de sus caballerizas, para que cabalgando en ella liciese su viage con comodidad; pero al mismo tiempo encargó secretamente á uno de sus caballeros, para que con el mayor disimulo se le presentase por compañero de camino, oyese cuanto digese de el mismo rey, y le volviese á Madrid si virtiese alguna espresion notable á este respecto.

En efecto, al salir Rogerio de la ciudad, habló al que le esperaba y poco tardó en

tratarse entre ambos el marchar en compañía. El caballero movía frecuentemente conversaciones sobre Alfonso, pero el florentino siempre se producía en términos los más favorables ácia su persona. Al cabo de dos días fué necesario hacer alto para que descansasen algun tanto las caballerizas. Todas las bestias mearon al momento, á excepcion de la mula de Rogerio, lo que este no dejó de notar. Llegaron al poco rato á un arroyo, al cual todas las cabalgaduras inmediatamente se inclinaron á beber, pero la mula en lugar de hacerlo en el arroyo verificó la diligencia que habia omitido en la parada anterior. Entonces, Rogerio, exclamó : “ el rei me ha regalado una mula que sin duda se parece á él, ó le ha aprendido sus costumbres.” Chocó al caballero una comparacion, al parecer tan innoble; y por lo mismo intimó al italiano el regreso á la corte. No pudo este resistirse; porque aun se hallaba en el territorio de los dominios españoles. Puesto en la presencia del rey se vió precisado á dar las esplicaciones que se le exigian, y lo hizo diciendo que la mula no meando en donde debia, y haciéndolo donde no debia

era una verdadera imagen de su Magestad, que agraciaba à los que no lo merecian y dejaba en olvido á los que tenian el verdadero mérito.

Entendió el rei el sentimiento de Rogerio, y le contestó. No debes quejarte de mí sino de tu mala suerte: en las córtes la fortuna es la que decide de la elevacion de los hombres, voi á proponerte una experiencia. Estas dos cajas que ves aquí son enteramente iguales: la una contiene mi corona y las mas preciosas de mis joyas: la otra está llena de tierra solamente: elige de ambas la que te parezca y te pertenecerá. "Obedezco, repuso Rogerio, y estendió su diestra sobre la que fué de su eleccion. Mandóse abrir, y se vió que era la de ningun valor. Entonces Alfonso le convenció con el hecho que acababa de tener lugar; pero le regaló la otra caja con riquezas inmensas.

Agradeció Rogerio mas la leccion que el regalo, y se resistió modestamente à admitirlo pero le fué necesario ceder à las instancias del monarca, quien le exigió llevase aquella memoria de su afecto. Este nuevo rasgo de generosidad acabó

de cautivar el corazón del florentino. que no cesó, en su país, de ser un panegirista del magnífico Alfonso.

CELIO,

EL CONVOI FUNEBRE.

SEGUNDO FRAGMENTO DE LA NOVELA INEDITA DE D. NICOLAS MARIÑO.

Era el Otoño, estacion plácida pero triste. Las descoloridas ojas de los árboles tapizaban los prados y las campiñas. La naturaleza despojada de verdor y lozania anunciaba la proximidad del invierno. Ni las flores descollaban en los jardines, ni las aves interrumpian con su vuelo la uniformidad del aire. Un cielo nebuloso, un horizonte opaco, todo anunciaba el imperio de esa estacion tan análoga al declinar de la vida humana en que se estingue el fuego de las pasiones, y solo queda la monotonia de los recuerdos.

Era el treinta de Abril. La contemplacion, la solemne contemplacion me ocupa-

ba en mi solitario paseo. Era esta una de aquellas pausas que hacemos en el rápido giro de la vida, cuando los voraces placeres han desaparecido con la pérdida de un objeto amado, y con él se han hundido la esperanza y el porvenir. ¡ Cuantos recuerdos vienen entonces á combatir el corazón, y doblegar esa energía que lucha con los grandes infortunios ! La fiel, pero ingrata memoria descubre á nuestra vista el horizonte de lo pasado, nos traslada á esas ilusiones queridas, con que nos alagaron las fugaces impresiones del amor y de la felicidad, y nos convence de que la vida ha llegado á ser para nosotros estéril y monótona.

Era el 30 de Abril. Caminaba yo á pasos lentos por la senda que guía al cementerio. Opacas nubes se acumulaban sobre la cúspide de un templo que protege aquella morada del olvido. El murmullo de las olas que bañaban los muros del religioso edificio, tan inexplicable como el éco fatídico que lo repetía en los circunvecinos mausoleos, inclinaba á la melancolía y á la meditación. Mi alma se concentró para sostener el peso de los recuerdos y de los sentimientos ; y mi imaginación despojada de

las ficciones de la vida, asumió un colorido, sombrío como el ambiente que me circundaba.

Trepé pausadamente la pequeña eminencia que conduce al templo. Mas adelante está el repositorio de los muertos. Penetré en él.—Reposé bajo la lozana vegetacion que sombrea las tumbas. Allí la muerte ofrece un aspecto sereno al infeliz. Esos copudos árboles que abrazan el circuito de los sepulcros, parecen anunciarle que sus restos no serán perturbados sino que reposarán tranquilos bajo una sombra amiga. Piélago de muerte y eternidad de paz! Allí se sumergen las existencias y los pesares!

Después de una vida fatigosa y agoviada de sinsabores ¿hai algo mas apetecible que reposar en el seno de la naturaleza bajo los árboles de la soledad? La muerte es el término designado á una carrera laboriosa. Sin él seria el hombre mui infeliz. Su inmortalidad vendria á ser la inmortalidad de sus padecimientos; y ni aun tendria la consoladora esperanza que le ofrece ventura en las mansiones de la eternidad.

La aproximacion de un fúnebre acompañamiento interrumpió mis meditaciones,

Era poco numeroso pero interesante. Los concurrentes parecian poseidos de dolor; su marcha era pausada y funeral. Penetraron silenciosamente hasta el borde del sepulcro, en que debian depositar para siempre los restos inanimados que conducian.

Luego se presentó el sacerdote católico con modesta compostura, á ejercer los postreros oficios de la religion. El cántico de los muertos resonó en las silenciosas concavidades de las tumbas: el agua consagrada humedeció el moho que entresalia por entre las lápidas sepulcrales; y las lágrimas de los concurrentes regaron la triste fosa que les arrebatava un objeto querido.

No pude vencer la fuerza irresistible que me impulsaba ácia el sitio de la religiosa ceremonia. Un estremecimiento involuntario se habia apoderado de mí. Estaba sacudida profundamente mi sensibilidad. Y un sentimiento de pesar, tan real como inexplicable, oprinia mi corazon. ¿Seria que el angel de la muerte hubiese tendido sus alas en aquel recinto, y conturbado con su influencia la paz del corazon?...? Seria que un movimiento orgánico de la natu-

raleza luchaba por alejar escenas que representan la destrucción bajo un aspecto solemne é imponente?... Vanas conjeturas para explicar lo que es inexplicable, para definir lo que no puede definirse!....

Alzóse la cubierta del atahud.—La muerte presentó su víctima por la última vez á la vista de los sobrevivientes.... ¡Oh destino!.... Era.... Era Adelaida!....

Aquellos hermosos ojos se habían cerrado para siempre. Aquel seno de amor y de inocencia había dejado de palpitar. Aquel conjunto celestial de belleza, ternura y amabilidad estaba inanimado y muerto.

Sus restos bajaron á la fosa en que debían confundirse con el polvo, cargados del peso del olvido y de la eternidad.

Su tumba yace solitaria, lejos de la de su amante, dividida por un inmenso espacio.

El agoviante pesar embargó mis sentidos por largo tiempo, hasta que el instinto de la vida me impulsó de nuevo á ulteriores escenas. Arranqué una oja del sauce que protege el sepulcro de Adelaida, y pronunciando el último, eterno y doloroso *adios*, me

separé de aquel sitio y tomé el camino de la ciudad.

La noche había envuelto ya en sombras la naturaleza ; y los húmedos rocíos se esparcían por la tierra.

--

LAS VERDADES A ANARDA.

Que yo te diga
Quieres Anarda
Cuatro verdades
Mui cara á cara.
Pues me incomodas,
Me causas náuseas,
Me das hastío,
De amor me cansas.....
Mas no del tuyo :
Del de otras varias.

LA VIDA.

En los dias de locura
Se goza sin preveer;
Todo gozar viene á ser
Llegando la edad madura.
Se proyecta en la vejez
Y se siente pena dura,
Cuando ya la sepultura
Pronto nos debe tener.

CELIO.

AZAKIA.

Los antiguos habitantes del Canadá, eran lo que vulgarmente se llama *salvages*. Los franceses que quisieron civilizarlos pagaron con la vida su *benéfico* deseo. Y solo haciendo nacer en ellos necesidades facticias, pudo conseguirse domar algun tanto la tenaz resistencia que habian manifestado siempre que se trataba de modificar sus agrestes costumbres. El aguardiente y el tabaco fueron para domeñarlos, elementos mas poderosos que el acero del soldado y el celo de los misioneros.

Las canadinas son lindas; pero en su belleza no tiene parte alguna la composura ni el artificio. Su carácter es suave, su humor alegre, y sus modales finos, y benévolos. La pasion mas favorita de su corazon es el amor. La costumbre autoriza á las jóvenes canadinas à satisfacer

sin el mas leve escrupulo sus inclinaciones amorosas. No sucede lo mismo con las mugeres casadas. Su cariño debe estar consagrado esclusivamente à su marido, y jamas se vé que falten à tan sagrada obligacion.

Una jóven india nacida en las tribus de los Hurones, paseando un dia en un bosque vecino à su morada, fué sorprendida por un soldado frances que sin pararse en averiguar, si era ó no casada se disponia à satisfacer su brútal apetito. Los gritos que daba esta muger al defenderse de su raptor, atrajeron al Baron de *Castainville* oficial de las tropas del Canadá.

Sin mucha dificultad logró alejar al soldado, pero la india estaba adornada de tales hechizos, que en breve conoció que la falta del soldado, merecia escusa y perdón. La tentacion de obtener la recompensa del servicio que acababa de hacer, le hizo incidir en el pecado que acababa de castigar; y aunque con afabilidad y sin violencia solicitó el amor de su protegida. Empero no salió de su empresa mejor que su soldado. Sus requiebros tuvieron esta única contestacion—“ El que vive en mi

corazon me impide que acepte las pruebas de tu cariño.”—*Castainville* sabia bien que esta repulsa era sin apelacion, y juzgó lo mas prudente, dar fin à la accion generosa que la belleza de la india le habia hecho interrumpir. Acompañó à la india à su cabaña, donde recibio toda clase de obsequios, excepto aquel porque tanto suspiraba.

Meses despues, *Castainville* tuvo un desafio con uno de sus camaradas, y le mató de una estocada. El muerto era sobrino del gobernador de la colonia, hombre cruel y vengativo. *Castainville* advirtió que su único medio de salud era la fuga. Su desaparicion dió margen à diversas conjeturas, sobre el lugar probable en que estaria refugiado. Las que parecian mas bien fundadas asignaban à Nuew-York; mas *Castainville*, convencido de que mejor hospitalidad hallaria entre los Hurones que en medio de las poblaciones inglesas, se dirigió à los sitios en que aquellos tenian sus tolderías. El deseo de ver otra vez à Azakia (este era el nombre de la india à quien habia salvado) encaminó sus pasos. Azakia reconoció à su libertador, y nada es comparable al gozo que sintió al verle. Ouaví,

su marido, à quien Azakia habia referido la aventura del bosque, sin omitir la resistencia que habia opuesto á los deseos de *Castainville*, informado de los motivos que obligaban al salvador de su esposa ha acercarse en las tribus Hurones; le recibió con bondad y le dijo.—“Glorificado sea el Gran Espiritu por haberte conducido á mi casa”—y poniendo la mano en su pecho agregó—“Este cuerpo será el escudo que te defienda, y esta hacha abrirá el cráneo de cualquiera que sea tu enemigo. Mi cabaña es tuya: tu verás al sol visitar y abandonar estos bosques, sin experimentar necesidad alguna, sin temer mal alguno.—”

Castainville le manifestó que sus intenciones eran vivir à la usanza de los Hurones, conformarse á sus costumbres y hacerse digno de la patria que le recibia entre sus hijos. Esta manifestacion agradó infinito á Ouavi. Era gefe supremo de los Hurones: su valor y virtudes le habian elevado à este rango. Ofreció á *Castainville* nombrarle gefe de una escuadra de guerreros: pero *Castainville* rehusó admitir esta dignidad, y se alistó en clase de simple soldado.

Los Hurones estaban en guerra con los

Iroqueses. *Castainville* solicitó marchar en la expedición que partió contra ellos. Peleó con toda la intrepidez de un Huron, y fué peligrosamente herido. Sus compañeros le condujeron en una especie de angarilla à la habitacion de Ouaví. Azakia quedó traspasada de dolor al verle en tan triste estado; pero lejos de ocuparse en estériles lamentos, le prodigó la asistencia y cuidados que estuvieron á su arbitrio; y aunque tenia muchos esclavos á su servicio, hacia por sí misma todo lo que era capaz de dar algun alivio á su libertador: su actividad igualaba á su inquietud.

Estas muestras de aprecio animaron la esperanza de *Castainville*, y su pasión reapareció con mas vigor que nunca. Mas la generosidad de Ouaví, se presentaba à su espíritu y enfrenaba sus deseos.—“¿Cómo (se decia á sí mismo) pagar la generosidad de Ouaví, con la mayor de las ingratitudes?..... Pero Ouaví es un salvaje, y quizá no sea tan zeloso como los maridos europeos: quizá no vea un crimen en lo que no es sino el resultado de una necesidad imperiosa.”—Esta falsa disculpa le animó á renovar sus antiguas tentativas.

—“**Detente Celario**” (este era el nombre con que se habia dado á conocer entre los Hurones). “**Detente** (le dijo Azakia,) la espiga que rompimos yo y Ouavi aun no se ha reducido á polvo. Una parte de ella està en su poder: otra en el mio. Mientras que ella subsista yo no puedo pertenecer à otro.”—Estas últimas palabras pronunciadas con entereza, desconcertaron à *Castainville*. . . . No se atrevió ya á hablarla de su amor; y cayó en un estado de melancolía tan espantoso que Azakia no pudo menos que compadecerle y participar de su pena.—“¿ Qué puedo hacer por tí? le decia. No puedo ser tu compañera sin dejar de serlo de Ouavi, y si dejo á Ouavi le causaré un pesar tan profundo como el que martiriza tu corazón. . . . ¿ Y qué ha hecho Ouavi para que yo le cause este mal?”—No: (esclamó Celario) él merece que tu le prefieras á mí: mas es necesario que yo abandone estos lugares. Solo no viendo á Azakia puedo no ser ingrato para con Ouavi.”—

Este discurso llenó de sentimiento à la india: sus lágrimas corrieron en abundancia por sus mejillas, y no hizo esfuerzo al-

guño para ocultarlas.—“ ¡Ingrato Celario! ” esclamó suspirando, y tomándole sus manos entre las suyas.—“ Sí: eres mui ingrato: quieres dejar á quien te ama mas que á su propia vida. ¿Qué te hicimos para que asi nos abandones? ¿Tenemos algo á ti necesario, que no lo hallamos puesto á tu disposicion? ¿No estoi siempre á tu lado, como una esclava pronta à obedecer á su señor à la menor señal? ¿O quieres que Azakia muera de dolor? Tú no puedes dejarla sin llevarte contigo su alma: ella es tuya como su cuerpo de Ouavi.”—

Castainville se preparaba á calmar su agitacion; pero la aparicion repentina de Ouavi se lo impidió. Azakia seguia llorando, sin que la vista de su marido fuera bastante á parar el curso de sus lágrimas.—“ Amigo mio, le dijo, tu vés á Celario, puedes hablarle y escucharle, pues en breve ya no estará á nuestro lado: vá à partir en busca de otros amigos.”—“ ¡En busca de otros amigos! esclamó Ouavi, tan conmovido como Azakia; “¿y qué te mueve á separarte de nosotros? ¿Has experimentado alguna pérdida? ¿Has recibido algun ultraje?... Tu conoces á cuanto se

estiendo mi poder, y yo juro por el Gran Espiritu que serás vengado.”—Estos raciocinios hicieron titubear á *Castainville*. No tenia ningun motivo de importancia que alegar, y la causa verdadera debia quedar oculta: asi despues de una corta resistencia renunció á la idea de partir.

“Hablemos de otra cosa, le dijo Ouavi. Hoy es el dia señalado para la gran fiesta que doi á mis guerreros: mañana los guiaré al combate. Participa, caro amigo, de nuestros regocijos.”—“Quiero tambien participar de vuestros peligros, contestó *Castainville*, permitidme ser del número de los que componen la espedicion.”—“Aun no tienes el vigor necesario, replicó Onavi, tu valor nos es á todos conocido: restaura tus fuerzas y cuida de mi cabaña: te la confio.” Inutilmente se empeñó *Castainville* en probar á Ouavi, que estaba bastante fuerte para sobrellevar las fatigas de la campaña. Los caudillos de los Hurones llegaron, y la fiesta principió. Al amanecer del siguiente dia partió Ouavi con ellos y Celario quedó con Azakia.

Ella amaba en extremo á su libertador y tomó una resolucion heroica, en una muger.

Buscó una doncella de diez y ocho años, la cual podia como queda dicho, segun los usos de las tribus errantes de la América del Norte, entregarse á las delicias del amor sin ser tachada por esta conducta, y se dió á sí misma una rival. *Castainville* animado por Azakia, tuvo diversos coloquios con Zizma (asi se llamaba la jóven) y á los pocos dias conoció que estaba dispuesta á ser menos cruel que su amiga. Nada, empero, podia neutralizar el amor que profesaba á Azakia. Mas un acontecimiento que parece hubiera debido contribuir á unirlos, casi dió origen á que se separasen para siempre.

Llegó la noticia de que los Hurones habian sido vencidos, y su caudillo Ouaví hecho prisionero. Esta nueva contristó á *Castainville*. Olvidó su pasion, y no se ocupó sino en llorar la pérdida de su generoso amigo, y en consolar á la desolada Azakia.

Una costumbre supersticiosa, cuya existencia en aquellos pueblos data de tiempo inmemorial, prescribe que si la viuda viese ó hablase en dos sueños consecutivos á su difunto marido; debe creer que ha veni-

do desde lá region de las almas, à solicitarla para que vaya à hacerle compañía, y que por lo tanto ella tiene obligacion de suicidarse para ir à unirse con él. Azakia, à pesar del amor que sentia por *Castainville*, habia resuelto cumplir con la lei de su pais, desde el momento en que la sombra de Ouaví se le apareciese dos veces en el sueño. Dificiles describir la inquietud de *Castainville*. Pasaba en vela las noches creyendo à su amada en lucha con tan siniestras visiones; y al asomar la aurora del dia siguiente salia temblando à buscarla, para interrogarla si habia tenido la funesta aparicion. Un dia, al fin, la sorprendió preparando un veneno. Ya ves, mi adorado Celario, [le dijo ella] que estoi haciendo los aprestos para el eterno viage que Ouavi me ordena emprender.—“¡Gran Dios [esclamó *Castainville*] ¿és posible que des fé à sueños tan mentirosos”?

—“No prosigas Celario: el amor te ciega. Ouaví se me apareció anoche, cuando dormia; y tomándome por la mano me mandó con imperiosa voz que le siguiese: el peso de mi cuerpo impidió à mi espíritu que le obedeciera al instante: ya se tiempo pues,

que me liberte de él. Ouaví al ver, que sorda à su mandato permanecí en mi lecho, se retiró de mi lado triste y silencioso. Le llamé; pero él me tendió la mano y desapareció. Debo obedecerle: compadezco Celario tu dolor; pero en mi, es mas poderosa que los amores de la tierra, la voz de un esposo que me llama desde la morada de las almas.”

Esta revelacion, este propósito tan invariable, tan terrible, despertó en *Castainville* una desesperacion inesplicable. En valde agotó todos los recursos de su ingenio para disuadir á Azakia: ella se obstinó en morir. Lo único que pudo conseguir fuè que se esperase hasta saber la muerte de Ouaví, de un modo indudable.

Los Iroqueses matan á todos sus prisioneros, si no es que éstos prefieran la esclavitud á la muerte. Azakia estaba bien convencida, que de estos dos partidos, el último habria sido aceptado por Ouaví.

Castainville reanimó el corage de los Hurones, les propuso una nueva expedicion, y ellos le nombraron por su gefe: sobradas pruebas tenian de su intrepidez.

Partió á la cabeza de las bandas guerreras, despues de haber hecho jurar á Azakia, que descreyendo por algunos dias, en sus terribles sueños, no se daría la muerte hasta que ellos lo viesen. Esta expedicion tuvo el mejor exito. Los Iroqueses, que no creyendo á los Hurones en estado de rehacerse, vivian descuidados, fueron completamente deshechos. Los Hurones les tomaron sus principales tolderías, y les arrojaron á una distancia considerable. Toda la ferocidad salvage se desplegó en aquella persecucion. *Castainville* trabajó infinito por suspender la carniceria. Temia que *Ouavi*, caso que viviese aun, fuese víctima del furor de los propios Hurones. Estos no respetaban ni las mugeres, ni los ancianos, ni los niños, ni los esclavos. Corria por todas partes é impedia en lo posible estos excesos. En breve descubrió en una pequeña eminencia, á un hombre atado en un palo, y rodeado de materias combustibles, para ser quemado á fuego lento. El nuevo capitán de los Hurones voló ácia él, reconoció á su amigo, rompió los lazos que le ligaban, le abrazó y le condujo al campo de los vencedores. . . . *Ouavi* habia pre-

ferido ser quemado á vivir en la esclavitud. Despues que los Iroqueses le curaron las heridas que habia recibido en el combate, le ofrecieron la vida á condicion de que se constituyese su siervo; mas él eligió el suplicio, que la victoria de su amigo acababa de suspender. Si *Castainville* hubiera tardado un solo momento en atacar á los Iroqueses, ya no hubiera podido salvarle.

Despues de haber degollado una gran porcion de vencidos, y hecho esclavos los restantes, regresaron á su pais las huestes Hurons. *Castainville* quiso entregar el mando de ellas á Ouaví, pero este no quiso consentirlo. Por el camino supo Ouaví la resolucion de Azakia. *Castainville* le refirió igualmente, el sumo trabajo que le habia costado obtener de ella que difriese su muerte, hasta el regreso de la expedicion. El entusiasmo que manifestó *Castainville* en su relacion, recordó á Ouaví lo que habia pasado á su propartida; pero se guardó bien de manifestar lo que pensaba.

Azakia que habia tenido otro sueño, imaginó que la vuelta de *Castainville* era la señal de su muerte. Cuando supo que sus temores eran vanos, y que Ouaví volvía

sano y salvo, su gozo fué inesplicable. Quedó un instante inmovil ; pero volviendo en sí súbitamente, corrió á abrazar á su esposo y le dió pruebas de un extremo cariño, con las muchas lágrimas que derramó.

Ouaví esperó que la calma reinase en el pecho de Azakia, y la habló de esta suerte. —“ Celario tu me has salvado la vida dos veces : me has conservado à mi Azakia tambien dos veces. Ella pues, ya es tuya como lo soi yo. Te la cedo por amistad, por reconocimiento. No creas que es el precio que te doi, por haberme salvado de las llamas que iban á abrazarme en la tierra de los Iroqueses.” —

Es imposible describir con los colores verdaderos, la impresion que experimentó *Castainville* al escuchar este discurso. No por la naturaleza de la resolucion, que el divorcio es mui frecuente entre los salvages, sino por la magnanimidad de su amigo, y creyendo de que Azakia, no querría consentir, se esforzó á manifestar grandeza de alma, rehusando la cesion que le hacia Ouaví. Este, sin embargo, se ratificó en ella. Azakia que por deber se habia mostrado esquivá al afecto de *Castainville*, y

que llevada del mismo sentimiento habia resuelto no sobrevivir á su marido, creyó que pues lo queria Ouaví era llegada la ocasion de poder manifestar sin empacho la inclinacion de su corazon. Quemaron en una misma llama los dos trozos de la espiga que era el símbolo de su union. Ouaví y Azakia se abrazaron por la vez postrera, y desde este momento la hermosa india volvió á entrar en el goce de los derechos de muger libre. Ouaví rompió otra espiga con la linda Zizma, y las dos parejas fueron completamente felices. Cada marido, seguro de no tener un rival, olvidó mui pronto que habia tenido un predecesor.

(MEMORIAS DE LA SCARPE.)

EL NIGROMANTICO.

CUENTO.

Todo estaba dispuesto. Aliseta traia al matrimonio una virtud de monasterio, un feudo y mil doscientas onzas de oro: D. Abel Rodriguez la rancia nobleza de su cuna, su espada de gentil hombre y dominios dilatados en un lejano pais. La casa de los condes de Baux iba, pues, à aliarse á una antigua familia de Granada, que habia venido à avecindarse en la Provenza, bajo el reinado de Felipe II de Francia.

Nunca boda alguna se celebró con tanta sumptuosidad. Cuando sonó la hora solemne, la tímida esposa solo tubo que dar un *sí* balbuciente, acompañado de una ténue inclinacion de cabeza, y unir

su mano à la de su valiente caballero. Aliseta manifestaba una melancolia concentrada y profunda, y sus castas miradas se dirigian con placer á cualquier objeto, que encontraban al paso, como si tratase de despedirse de ellos para siempre.

¿Pero qué lúgubre presentimiento, podia contristar à esta noble doncella, heredera en linea recta del tronco principal de los condes de Marsella? ¿A élla que iba vestida de escalarta y oro? ¿A élla que iba á mezclar su sangre, con la ilustre y noble sangre española?

El matrimonio se celebraba á la luz de millares de antorchas, que esparcian una claridad capaz de competir con la del sol; pero sucedió un fenómeno raro y espantoso, que fué advertido únicamente por Aliseta. Al volver la vista àcia su esposo le habia parecido no distinguirle rostro, y solo el vacío del casco: el guante que la tenia de la mano al entrar á la iglesia, habia dejado de hacer su ordinaria precision. Cuando fué preciso arrodillarse sobre las alfombras de seda, al doblarse las rodillas de D. Abel, forradas completamente en hierro, sonaron como si hubieran estado enteramente hue-

cas; y cuando llegó el momento de dar el sí matrimonial, se limitó à hacer una señal con la cabeza, tan iranimada como la de una estátua. Concluyó la ceremonia, Rodriguez que no habia dado muestra alguna de vida bajó su resplandeciente visera, y metiendo la mano en una bolsa q' conducia una figura de hombre, q' repentinamente se habia puesto à su lado, y cuyo semblante tenia una especie de animacion diabólica; arrojó algunas monedas à los pies de la multitud, que hacia resonar el aire con repetidos vivas à los nuevos esposos. A cada paso que daba lucia à su alrededor, una especie de resplandor: y sus movimientos forzados habrian hecho creer que D. Abel era una máquina y no un ser racional.

Entraron à una gran sala en que se daba el festin. Sus paredes estaban cubiertas de armaduras antiguas, y de versos, que los poétas provenzales habian compuesto espresamente para aquel dia. Cuando todos se sentaron encontró la vista un espectáculo nuevo y sorprendente, en el gran número de caballeros condecorados, vestidos de pies à cabeza de oro y piedras

preciosas. Los nobles señores de Baux se paseaban alrededor de la mesa: y sus venerables antepasados, que habian muerto en lechos de damasco ó en los campos del honor, representados en marmol, asistian a este convite de familia, á este banquete de amigos, al cual nada turbaba sino el aspecto sombrío de Rodriguez.

A los postres cantaron sus versos los trovadores. Poco despues hubo desafios. El esposo de Aliseta arrojó su guante, que nadie osó recoger. Entonces se animó su semblante, que hasta aquel momento habia estado lívido é inmovil. Miró á su esposa, meditabunda y acongojada mientras que cuanto le rodeaba era placer y alegría. Las copas doradas se vaciaban, para volver á llenarse. La noche sorprendió en la sala del festin á Aliseta y Rodriguez, á sus parientes y amigos. La estrella de la mañana brillaba, las olas mugian y el mar parecia una inmensidad de plata reluciente. Entonces los pages mas jóvenes vinieron con achones á conducir á los desposados al tálamo nupcial. Esta ceremonia se verificó con el mayor orden: al fin se cerró misteriosamente la puerta del gabinete

de los esposos. Cuando estuvieron solos, Rodríguez se dejó caer en una silla, como si hubiera estado sumamente fatigado.

Desde su asiento comtemplaba á Aliseta, que se desnudaba temblando.—“No he escogido mal (decia) Aliseta tiene ojos negros: una tez de leche y de rosas, cabellos castaños. Es como él la quiere. Si: no he escogido mal.”—

En efecto Aliseta de Baux, era una de las doncellas mas interesantes por su hermosura. En Marsella no habia otra que pudiera competir con ella. Un lunar tan negro como un pedazo de azabache, hacia resaltar la blancura de su frente. Porcion de caballeros distinguidos habian en valde solicitado su mano y llorado sus desdenes.

A cierta hora de la noche se reunieron los pages, en la galeria contigua á la cámara nupcial. Reían y á veces lo hacian con mucho estrépito. Algunos se descalzaban, y venian hasta la puerta del cuarto de los esposos á poner el oido en el ojo de la cerradura; pero no escuchaban nada que pudiera indicarles lo que pasaba en su interior.

Unos juraban por todos los Santos del

Cielo, haber escuchado un grito tan penetrante, que los había despertado: otros agregaban malignos comentarios á esta relación.

Entre tanto, que ellos perdían el tiempo en estos coloquios picarescos, pasaron á alguna distancia muchas señoras primorosamente vestidas, llevando un *pisto* para restaurar á la recién casada.

—“Sigámoslas” dijeron los pages.

Apenas llegaron á la puerta de la habitación de los desposados, cuando ¡oh asombro! advirtieron que se hallaba abierta de par en par. El gabinete estaba obscuro y reinaba en él un profundo silencio. Entraron, y recorrieron las cortinas del tálamo nupcial: nadie se hallaba en él.

—“¡Luces! ¡Luces!”—

En menos de dos minutos se pusieron las gentes del palacio en pié. La alarma se había difundido, y todos se decían—“Venid: Aliseta y Rodríguez han desaparecido.”—

Entraron con hachas encendidas, y lo primero que hirió su vista fue el cadáver de una muger, tendido en el suelo. La parte superior del cuerpo estaba cubierto con un

manto de terciopelo, y en la pared lucian estas palabras, escritas con un dedo empapado en sangre.

“Mi amo, Bella Maroc Malabikassés, doctoralquimista y nigromántico, tenia necesidad de la cabeza de una linda doncella; y yo le he llevado la de Aliseta, hija del conde de Baux.”

Se registrò el cuerpo: le faltaba la cabeza.

(BURAT-GURCY.)

A LA MUERTE DEL GENERAL LAFAYETTE.

¿ Porque tu manto se halla desceñido,
LIBERTAD SANTA, y en el desaliño.
Manifestando sentimiento amargo
Llorosa yaces ?

¿ Porque radiante tu divino rostro
Ya no se muestra para hacer la dicha
De los humanos, que en tu augusto seno
Agazajaste ?

¿ Porque tu gorro símbolo elocuente
De los derechos que á los hombres diste,
Cubriendo el rojo que antes le animaba,
Hoi enlutaste ?

¿ Porque así el llanto surca á tus mejillas,
Y ardiente fuego al respirar despides,
Signo de incendio que devora el pecho,
Augusta madre ?

¿ Será que rota la preciosa carta
Que el Creador diera, al producir el hombre,
De protegerle el honorable cargo
Abandonases ?

¿ Así nos dejas, tímidos mortales,
En la amargura y horfandad terrible,
Sin la custodia que á tus caros hijos
Dulce prestaste ?

Mas ya descubro el racional motivo
De tus angustias y pesar sombrío :
Partid del mundo tu mejor Atlela
Irreemplazable.

Murió ya el justo, el bravo LAFALLETTE :
Campeon excelso de tu hueste sacra,
Que tus banderas desplegó animoso
Cual le ordenastele.

Un mundo y otro á su filantropía
Grato se muestra y doloroso llora :
Para caudillo de los hombres libres :
Tú le nombraste.

Ellos te ruegan, con fervientes votos
Que allá en el Cielo, donde está á tu lado
Hagas que el héroe que ha de sustituirle
El nos señale.

Mientras la tierra vague pavorosa
Por el espacio sin tener tal guía,
Seremos todos tus dolientes hijos
Inconsolables.

CELIO.

HISTORIA DE MAHOMETO EL ZURDO Y DE LAS TRES PRINCESAS SUS HIJAS.

Mahometo el Zurdo estaba repantigado en un hermoso sofá, gozando el perfumado fresco de una de las solitarias salas de la Alhambra, cuando se le avisó el arribo de un esclavo, que venia del castillo de Salabrina. En él moraban sus tres hijas, ocultas à las miradas de todos, bajo la vigilancia de Cadiga, la mas discreta de todas las dueñas. El esclavo entregó á Mahometo una carta de Cadiga, en que le daba parabienes por el cumple años de sus hijas, que era en aquel dia. Le enviaba la dueña, igualmente, una linda canastilla adornada de flores. En ella venian, sobre una cubierta de hojas de parra y de higuera, un *albérchigo*, un *albaricoque* y un *abridor liso*. Estas frutas, conservaban aun la pelusilla y no estaban en un estado de completa madurez. Mahometo, que era sumamente versado en el

lenguaje de los orientales, por medio de flores y frutas, adivinó sin dificultad el significado de este regalo.—“ Ha llegado [se dijo á sí mismo] el momento en que pueden verificarse los acontecimientos desgraciados, que me han predicho los astrólogos. Mis hijas han entrado al estado de puertad ¿qué deberé hacer pues? Ellas no pueden ser vistas de ningun hombre. Estan bajo la custodia de la fiel Cadiga: todo esto está mui bueno; pero ellas no estan guardadas por mi, como me previnieron los astrólogos. Sí: es necesario que desde hoi mas vivan al abrigo del ala paternal: ya no quiero fiarme de un extraño.”—Dió al instante orden para que la torre dela Alhambra fuese correspondientemente alhajada; pues iba à servir de habitacion á las tres princesas; y poniéndose á la cabeza de sus guardias, partió á la fortaleza de Salobrina.

Tres años hacia que Mahometo no veia á sus hijas, y apenas dió crédito á sus propios ojos de la notable variacion, que en este tiempo, habian experimentado sus personas. Acababan de pasar el misterioso lindero que divide aquel estado de la vida, en que una niña es ingénuo, cándida é ig.

norante de todo ; de esotro en que la mu-
ger nada deja de penetrar, en que piensa y
se ruboriza. Tal como cuando el viagero
cruza las tristes y monótonas llanuras de la
Mancha, y entra á las risueñas colinas y á
las alegres montañas de la Andalucía. Zai-
de era alta y bien hecha : sus ojos negros
y su andar noble é imponente. Ella se di-
rigió á Mahometo con paso firme y garvoso,
le hizo una ligera reverencia y le recibió,
no como á soberano, sino como á un padre
querido. De mediana estatura era Zoraida,
tenia ojos animados y seductores, mejillas
de carmin, y se hacia notar por el esmero
con que estaba bestida. Se acercó á su
padre sonriéndose, le saludó, le besó la
mano y le recitó algunas estrofas de un
poéta, que el monarca apreciaba mucho.
Zelma, de menos estatura que sus herma-
nas, era de constitucion débil, tímida y de
una belleza que inspiraba interes, y parecia
necesitar de proteccion. Manifestaba ser
poco inclinada á gobernar, á diferencia de
su hermana mayor ; y poco á propósito
para hacer una gran figura, á diferencia de
su segunda hermana. Su destino era sin
duda hallar un corazon, amarlo tiernamen-

te, encontrar en él un apoyo y un asilo, y pasar sus días en una calma inalterable, contenta con su suerte. Zelma se arrojó á su padre con encogimiento y timidez, fue únicamente á pedirle la mano para besársela ; pero animada por la sonrisa de Mahometo se arrojó á sus brazos, y se entregó á los transportes de su ternura. Mahometo miraba á sus hijas con amor é inquietud. Y mientras elogiaba sus gracias, discurría entre si sobre los vaticinios de los astrólogos. — “¡ Tres hijas ! ¡ Tres hijas ! (decia entre dientes) y las tres nupcias. Estos son los frutos de oro de las Hespérides, y necesitan ser guardados por Dragones.” —

Antes de volver á Granada, envió á todas direcciones heraldos que publicasen la orden de que nadie se hallara en el camino por el que debia regresar con sus hijas. Dispuso así mismo, que las casas y ventanas del tránsito se cerrasen, al momento de avistar su comitiva. El se puso en camino seguido de un trozo de caballería africana, de aspecto horrible y corazas relucientes. Las princesas, cubiertas los rostros, cabalgaban en blancas hacaneas, al lado del monarca. Las hacaneas estaban cubiertas

con mandiles de terciopelo bordados de oro que arrastraban por el suelo. Las bridas eran de seda, embutidas con perlas y piedras preciosas, y en el cuello de las bestias iban colgadas multitud de pequeñas campanillas de plata, que con el trotar de las hacaneas, tañían agradablemente. Però infelices de los que se detenían en el camino para escuchar tan estraña música; porque los soldados que marchaban de descubierta tenían orden de acuchillar à cuantos se pusiesen por delante.

Ya la comitiva iba cerca de Granada; cuando una banda de Araves que escoltaba unos prisioneros, se encontró con ella; y no teniendo tiempo de doblar el camino se arrojaron á tierra y juntaron sus caras al suelo, ordenando á sus cautivos hacer otro tanto. Entre los prisioneros se hallaban tres caballeros cristianos, á quienes las princesas miraron por entre el velo que las cubria. Ellos sea que no entendieron la órden, sea que no quisieron obedecer á sus guardias, se tuvieron de pié, y fijaron su vista en la comitiva que venia ácia ellos. El desprecio con que escucharon las prevenciones que se les hizo, encendió en có-

lera á Mahometo, quien echó mano á su alfange, y empuñándolo con la mano izquierda, corrió á acometer á los caballeros. La sangre de estos hubiera empapado la Vega, si las tres princesas, interponiéndose entre su padre y los que iban á ser sus víctimas, no hubieran implorado su perdón. Hasta la tímida Zelma se mostró elocuente en aquella ocasion. Mahometo, sin embargo, tenia aun alzado el brazo; pero el gefe de la partida arrojándose á sus pies le dijo—“No cometa V. M. una accion que escandalizará á todo el reino. Estos tres prisioneros son unos valientes guerreros, á quienes hemos tomado con las armas en la mano. En el combate se han portado como leones. Son de noble sangre, y es probable que sus parientes ofrezcan por ellos un valioso rescate.”—Está bien dijo el rei, les perdono la vida; pero castigaré su insolencia, encerrándoles en la torre del Bermeillon, donde estarán obligados á soportar los trabajos mas penosos.”—

Mahometo cometió una de aquellas faltas, que le eran tan familiares. En el tumulto que ocasionó su furor, los velos de las princesas se desprendieron y dejaron vér su

sorprendente hermosura. En aquellos tiempos el amor inflamaba los corazones, con mas rapidez que en estos en que vivimos. Y no causará admiracion saber, que los tres caballeros cautivos, quedaron prendados de los atractivos de las princesas; á lo que contribuyó bastante el agradecimiento de deberlas la vida. Ellas, por su parte, no miraron sin interes el porte noble de los cristianos, y nada se les escapó de cuanto se dijo, relativo á su valor y noble cuna. La comitiva prosigió su marcha. Las princesas caminaban tristes y pensativas y de vez en cuando, volvian la cabeza para ver á los caballeros, que segun las órdenes de Mahometo eran conducidos á la torre del Bermellon.

La fortaleza de Salobrina agradaba mucho á las princesas; y Mahometo se figuraba, que quedarian sumamente contentas, al ver las piezas que las estaban destinadas en la magnífica torre de la Alhambra tan superior á la de Salobrina. ¡Pero cual seria su sorpresa al saber que sus hijas vivian melancólicas, y que ni el perfume de las flores, ni el canto de los ruiseñores, ni el dulce murmullo de las fuentes, eran me-

dio para calmar sus pesares. El monarca reflexionaba que sus hijas habian entrado à esa edad, en que las pasiones de la muger empiezan à desenvolverse.—"Ya no son niñas (se decia à sí mismo) es necesario darlas ocupaciones convenientes à su edad." —Las mas hábiles modistas de Granada fueron llamadas, y en breve tuvieron las princesas magníficos vestidos de seda y de brocado guarnecidos de plata y oro, cachemires, collares de perlas y diamantes, ricos zarcillos y brazaletes finísimos. Pero todo esto fué inútil. Las princesas á pesar de estos magníficos adornos eran presa de su tristeza y abatimiento: se asemejaban à tres pimpollos de rosa, que roídos por un insecto, caen lánguidamente sobre sus ramas.

El Rei estaba confuso. Tenia una gran confianza en su propio juicio, y jamas habia tenido necesidad de aconsejarse de nadie.—"Los caprichos de tres niñas nuvilles, dijo, capaces son de confundir al talento mas perspicaz"—Y determinó consultar por esta vez el parecer de otro. La persona à la cual pidió consejo Mahometo fué à la prudente dueña Cadiga—"Cadiga, sé que eres la muger mas discreta de mi reino y la

mas acreedora à mi confianza; por esto es que siempre te he tenido al lado de mis hijas. Pon un vendaje á sus heridas, á fin de que recuperen la salud y la felicidad”—

La dueña prometió hacer todo lo que estuviera en su mano. Conocia mejor que las mismas pacientes, el mal de que adolecian.

La vieja se encerró con ellas y procuró ganar su confianza.—“Hijas mias, las dijo, ¿porqué estais tan tristes y abatidas, en esta morada deliciosa, que reune cuanto puede lisongear el deseo?”—Las princesas alzaron los ojos con languidez y suspiraron.—“Y bien ¿qué es lo que deseais? Quereis que se os traiga el admirable papagayo, que habla en todos los idiomas y que es la diversion de Granada”—“¡Oh! no, por Dios, no, contestó Zaide.”—“Quereis que se os traiga del peñon de Gibraltar, un mono, que os divierta con sus gestos y grotescas contorsiones”—“¡Un mono! Me horroza su sola vista” respondió Zoraida.—“¡Y qué os parece de Casem, ese célebre cantor moro que hace la delicia del Harem del rei de Maroc? Dicen que su voz es mas flexible y melodiosa que la de los

pejarillos” —“ No puedo soportar la cercanía de los esclavos negros, (replicó Zelma) tengo además poca afición á la música.” — ¡“ Ah! No dirías eso, hija mía, si oyeses cantar á los tres cautivos españoles, que encontramos en el camino. . . . ¡ Pero hijas mías! Os poneis pálidas. . . . ¿Cuál es la causa de esa agitacion que se manifiesta en vuestros semblantes? ” —“ No es nada, madre mía, no es nada ” — Contestaron las tres princesas llenas de turbacion. —“ Ayer pasaba yo por frente á la torre del Bermellon, y noté que los tres prisioneros descansaban del trabajo. El uno tocaba una guitarra con un primor admirable. Los otros dos cantaban *á dúo*. Eran tan armoniosos los romances que entonaban, que sus mismos guardias estaban absortos y parecian hombres hechizados. ¡ Ah! me perdone! ¡ Sentí una emocion tan viva! . . . Ya se vé, su canto me recordaba los lugares de mi nacimiento y de mi infancia. ¡ Ah! Es un espectáculo mui triste, el ver á tres gallardos y nobles caballeros, cargados de cadenas y bajo el yugo de la mas insoportable de las esclavitudes! ” — Al pronunciar estas palabras, la sencible Cádizgá derramó algunas

lágrimas.—“¿Y no podríais disponer las cosas de tal modo, (dijo Zaida) que nos fuera posible verles?”—Sí: (agregó Zoraida) un poco de música nos consolaría mucho”— La tímida Zelma no profirió ni una sola palabra; pero se acercó y dió á la vieja un estrecho abrazo.—“¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Cadiga, ¿qué os atreveis à proponerme? Si lo supiera vuestro padre nos quitaría á todas la vida. A la verdad, los tres cautivos son de ilustre cuna ¿pero esto qué importa, si son enemigos de nuestra religion, y vosotras no podeis verlos sin llenaros de horror?”—Las doncellas tienen en estos casos una intrepidéz capaz de vencer los mayores peligros. Las princesas rogaron, suplicaron, y llorando inconsolablemente aseguraron á Cadiga que morirían si las negaba lo que la pedían. ¿Qué había de hacer la discreta dueña? Aunque ella fuese sumamente fiel, no podía permitir que las tres princesas muriesen, por lo que se fué al punto á verse con Hussein-Baba, alcaide de los caballeros españoles.

Sentimos abreviar esta narracion; sino daríamos á nuestros lectores una idea de la elocuencia que Cadiga, tuvo que emplear

para persuadir á Hussein-Baba, renegado de altura gigantesca y vista feroz, q' hiciera trabajar á los caballeros en una quebrada vecina á los muros de la torre, y les permitiese cantar y tocar la guitarra. Y para que su arenga tuviera mas solidez, puso nuestra respetable dueña, en la mano de Hussein-Baba algunos escudos de oro, q' disiparon completamente sus dudas y escrúpulos. Al dia siguiente los tres caballeros vinieron á trabajar en la quebrada.

Al medio dia, cuando sus compañeros de cautiverio rendidos con la fatiga y el calor se durmieron á la sombra de los árboles, el complaciente Hussein se retiró, dejando á los caballeros en completa libertad. Ellos se sentaron en unos bancos de cesped, y cantaron un romance español, acompañándose de la guitarra. Aunque la torre era mui alta, las princesas podian fácilmente desde los balcones escuchar el canto. Sabian el español: lo habian aprendido de Cadiga. Escuchaban silenciosas, y la letra y el tono melancólico de la cancion, no pudo menos de hacer una impresion profunda en sus corazones; pero repentinamente la discreta Cadiga, montando en cólera escl-

mó—“¿Qué Alá nos proteja: cantan los miserables una cancion de amor, y se dirigen á vosotras. ¡Qué audacia, hijas mias! Voi á hacer que les den doscientos palos. —“¿ Doscientos palos á unos caballeros tan galanes y que cantan romances tan llenos de ternura!: No, madre mia, desechad idea semejante ”—

A pesar de su virtuosa indignacion, se apaciguó facilmente la dueña. Notó, por otra parte, que la música ejercia una saludable influencia en las princesas. Sus ojos recobraban su antigua brillantez, y sus labios de carmin se sonreian como en la fortaleza de Salobrina. Ella creyó que el mejor partido era callar, y los cristianos continuaron en su canto. Lo que este terminó, las princesas guardaron por algun tiempo, un profundo silencio. Al fin Zoraida tomó un laud, y con voz dulce, aunque llena de timidéz, entonó un romance áreve, cuyo estribillo era este.—“La filomena està oculta en medio de las flores; pero ella escucha con placer el canto del ruiseñor.”—

Todos los dias venian los caballeros á trabajar en la quebrada. Durante algun tiempo conversaron por medio de canciones

y romances, y bien presto se travó una correspondencia simbólica. Las dificultades de esta escritura aumentaban sus encantos, y robustecian una pasión, que habia principiado por un evento tan extraordinario.

Sin embargo la comunicacion telegráfica repentinamente se interrumpió. Pasaron muchos dias, sin que los prisioneros viniesen á la quebrada. En vano las princesas estiraban sus gargantas de nieve fuera del balcon; sus amantes no parecian. La discreta Cádiga partió á hacerse de nuevas: volvió al poco tiempo, y sus ojos inundaron de lágrimas á sus descarnadas mejillas— “¡Ai de mí! Hijas mias, todo está perdido: suspended vuestro laud á las ramas de los sauces. Los tres caballeros cristianos han dado el precio de su rescate, y en estos momentos estan haciendo sus preparativos de viaje. Pero jamas podreis vosotras imaginar lo que se han atrevido á proponerme; y á quien? A Cádiga la mas virtuosa de las dueñas. No: nunca me habéis de esos tres mancebos”— “¿Y qué ha sucedido?”— la preguntó Zaida— “Esos tres caballeros (sabedlo y temblad) se empeñaron en sedu-

cirme para que os rogase huyais con ellos, jurandoos por su honor que os darian la mano de esposos en cuanto llegasen à su patria.”—Al pronunciar estas palabras Cadiga se tapó el rostro con las manos, y dió larga vena à su dolor é indignacion. Dificil cosa seria pintar la turbacion de las hijas de Mahometo. La relacion de la dueña las hizo ruborizar, y poco despues empalidecer: se miraban unas à otras temblando. Se veia que sus corazones estaban atormentados por diversos sentimientos.

Entretanto Cadiga, parecia estar poseida de la mas viva indignacion.—“¡Decretado estaba que viviese lo bastante, para que se hiciera à las canas de esta fiel esclava el mas terrible dé los ultrajes!”—La princesa mayor, que mostraba en todas ocasiones mas espíritu que sus otras hermanas, se acercó à la dueña—“Y si nosotras, madre mia, consintiéramos en huir con los caballeros, seria esto fácil.”—La vieja alzó la cabeza y dando tregua à sus lágrimas y suspiros.—“¡ Si seria fácil de ejecutarse preguntais? Ciertamente que es mui facil; por que los caballeros tienen de su parte à Hussein-Baba, y todo está dispuesto de

acuerdo con él. Pero ¿cómo átreverme á engañar á vuestro padre que me ha hecho depositaria de toda su confianza?”—Y la vieja se echó á llorar con mas fervor que antes.—“ Pero nuestro padre (replicó Zaida) jamas se ha confiado en nosotras, y siempre se ha fiado mas bien que en nuestra virtud, en las cerraduras y cerrojos de las torres: nos ha tratado no cual á hijas, sino como unas prisioneras de distincion.”—“ Eso es cierto (dijo la vieja haciendo un paréntesis á su profundo pesar) os ha tratado con una inaudita crueldad. Siempre os ha tenido encerradas en torres viejas, siempre con centinelas de vista. ¿ Pero vosotras tendriais resolucion de abandonar á vuestra patria?”—“ ¿ Pero el pais á que se nos quiere conducir no es aquel en que nació nuestra madre? ¿ Y no viviremos en libertad? Y en lugar de un padre cruel y severo ¿ no tendremos un marido joven y buen mozo?—“ Todo esto es mui cierto: Mahometo no merece el nombre de padre, merece el de tirano; pero (y volvió á plañir con un vigor estrordinario) ¿ tendriais corazon para abandonarme, y dejarme en este sitio, espuesta al rencor de vuestro pa-

dre?"—"No, mi querida Cádiga, vos huirás con nosotras."—"Corriente: y para hablaros verdad Hussein-Baba me ha prometido cuidar de mi persona en el viaje, si yo consentia en acompañaros."—

Llegó la noche designada para la partida. La torre de la Alhambra fué cerrada como de costumbre: todos dormian. Acia media noche, la discreta Cadiga, puso el oido en las celosias del balcon, que daba al jardin. Hussein Baba que ya estaba en el sitio convenido hizo la seña. La dueña desenrolló una escalera de cuerdas, aseguró uno de los extremos en los barrotes del balcon, el otro fué amarrado por Hussein á un arbol, y bajó con gran tiento. Las dos hermanas mayores bajaron en seguida sin vacilar: sus corazones palpitaban sin embargo, con la mayor violencia; pero cuando llegó su vez á Zelma, ella empezó á temblar. Muchas veces intentó asentar el pié en la escalera y se retiró en seguida: su corazon palpitaba con una fuerza en proporcion á miedo. Echó una mirada á su cuarto: no hai duda, habia vivido como un pájaro enjaulado; pero allí estaba segura; y arrojándose al mundo ¿quién podia res-

guardarla de los numerosos peligros que en él la cercarian? Pensó en su amante y puso el pié en la escalera: pensó en su padre y le retiró con espanto.

Sería largo describir la lucha de un corazón tan puro, tan tímido y fiel. En vano sus hermanas la conjuraban à que bajase, la vieja gruñía, y el renegado blasfemaba. La tímida virgen excitaba: en un lado estaba el amor: en el otro los riesgos que acrecia su imaginacion acalorada. Empero los momentos eran preciosos: la marcha de las patrullas se oía: ellas podian facilmente sorprender à los fugitivos.—“Si tardamos un poco mas (la dijo el renegado) es infalible nuestra perdicion, bajad al instante ó os abandono.”—Zelma dudó un segundo. Repentinamente llevada de un impulso de desesperacion, desató la escala y la arrojó al jardin.—“Ya decidí (esclamó) ahora no es posible la fuga. Adios hermanas del alma: adios. Alá os bendiga: adios;” y se entró á su cuarto. Sus hermanas no querian dejarla, y estaban resueltas á hacer alguna tentativa para sacarla; pero las patrullas debian pasar por aquellos sitios, y la cólera del renegado habia llegado à su

punto : se dejaron arrastrar al subterráneo que salia al camino.

La crónica dice mui poco del furor de Mahometo el Zurdo, por la fuga de sus hijas. Era la primera ocasion en que habia pedido consejo á otro ; y juró no reincidir en esta falta. Agazajó infinito á la hija, que arrastrada por su amor se habia negado á huir con su amante. Se dice, sin embargo, que ella no tardó en arrepentirse de esta heróica resolucion. Se la veia apoyada tristemente en las almenas de la torre, dirigir melancólicas miradas en direccion á las montañas de Córdoba. Otras veces se escuchaba sonar su laud, y el éco de los tristes romances en que manifestaba su afliccion, por verse separada de sus hermanas y de su amante. Murió mui joven, y segun es fama fué enterrada en las bóvedas de la Alhambra.

[L. F.]

ENIGMAS. *

I.

De clarísimo padre obscuro hijo
Tanto mas bello cuanto mas obscuro
De incógnito camino; ni el ser mio
Es el que anuncia mi semblante rudo
Ni aquello que semejo. En estravios
Con varias formas pongo al sábio y burdo.
Y cual Proteo mil colores visto.
Los que saben quien soi me ven mas pura
Sin quitarme las ropas que revisto :
A los demas me oculto con mi escudo.
 No lo tengais á mal : puedo deciros
 [Sin que ofenda al difraz con que me cubro]
 Que mi gusto mayor ha consistido
 Y consistirá siempre [asi os lo juro]
 En tardar mucho en ser reconocido
 Y para conseguirlo asi me oculto.

* *Para no destruir el efecto que deben producir esta clase de composiciones, se ha omitido poner en este volumen las soluciones de los presentes problemas, prometiendo el último del entrante Febrero, avisarlas por los periódicos.*

II.

No cuido de comer; beber tan solo
 Hace mi obligacion y mi delicia;
 A saciarme la sed es poco todo;
 Y al mayor bebedor le causo envidia.
 Voca y garganta soi; vivo de modo
 Que amo del bebedor la compañía,
 Sin merecer jamas de ébrio el apodo:
 Y siendo de beber tal mi porfia,
 No tengo vientre por desgracia mia.

III.

Soi buena compañera y fiel amiga,
 Depósitos conservo con pureza:
 Jamas traiciono al que de mi se fia,
 Y guardia suelo ser de la belleza.
 Laberinto ha de ser la casa mia:
 Y ando en ella con suma ligereza
 Caminando á la vez por varias vias.
 En favor de otros sirve mi destreza:
 Mi natural estado es estar fría:
 Suelo ser hombre, mas por gentileza
 Ser muger siempre yo mas bien querría.

IV.

Desde que nazco soi brava amazona,
 Aborrezco en la lid cotas de malla
 Que vista mi enemigo: en cualquier Zona
 Mi casa es mi ropage: y es mi saya
 Angosta demasiado á otra matrona;
 Dentro de ella mi ardor del todo calla.
 El mal tiempo me ensucia cual fregoná;

Pero si mi valer al aire estalla
Doi fin del caballero, cual Matona,
Con la sentencia que mi lengua falla.

v.

Para serviros siempre estoy dispuesto
Aunque nunca de pié ; dama ninguna
Hai á quien no consuele : llevo puesto
Un grillo que hace toda mi fortuna ;
Mudo soi, preguntado no contesto ;
Mas no hai pasage, no hai historia alguna
De que no dé razon con tanto tino,
Que aun represento bien un desatino.

vi.

Ahorecado es mi vivir y en torno vuelvo :
Tanta es mi pena siendo yo inocente,
Y á sufrirlos sin queja me resuelvo :
Llégo á vestirme mui escasamente
Con centenas de varas : no reservo
Para mi ni una sola : tristemente
De blanco, quedo negro como el cuervo
Cuando desnudo estoi, y es tal mi suerte
Que cubro la miseria al carbonero
Y visto á las personas eminentes.

vii.

Mui rara vez en pié soi recibido
Por las personas que visito ansioso ;
Mas cualquiera se dá por resentido
Si me le ausento, y busca presuroso
Como hacerme velder : mui comedido

Me presto al hospedage. Presuntuoso
A mi llegada, de soberbia erguido
Mando cerrar las puertas: poderoso
Domino en los palacios, y querido
Soi de las damas de gènia! mimoso.
Todo calla á mi voz y el mas sabido
Mis órdenes respeta silencioso.

VIII.

Nave soi que surcando entre las olas
Siempre bajo de ellas, llevo á puerto.
Mis viages rindo caminando sola,
Y mi camino siempre es encubierto
Aunque manifestando algo mi gola:
No me dirige el viento: brazo esperto
Me impulsa, y convirtiendo carga en cola
Con lo que deixo el seno al descubierto
A fuerza de ir y de venir seguido
Soi de auxilio al honrado y al bandido.

IX.

Cuando Febo concluye su carrera
Y la noche despliega el negro manto
Voi escondida, y por la vez primera
A los mas atrevidos causo espanto.
Suelo ser sorda, pero soi ligera
Siempre de dia me mantengo ociosa

X.

Habito en todo y todo lo someto:
Hago bienes sin fin é inmensos males:
Yo solo soi el que existir prometo

Al metal, á las plantas y animales.
 El mas valiente se estremece al reto
 De mi furor, y tengo en mis anales
 Mil pueblos que reduce en esqueleto.
 Duermo á pesar de cualidades tales,
 Pero al golpe de un mágico instrumento
 Me sómo á su llamado en el momento.

XI.

Voi obediente de uno á otro destino:
 Mi viage vale mas si es dilatado:
 Hago alegres; tambien pongo mohinos
 A los que saben cuando yo he llegado.
 Soi mui deseada de los hombres finos
 Y aun las damas me quicren á su lado,
 Acostumbro ser palida, camino
 Sin verguenza por uno y otro lado,
 Y por mas que me insulten [cosa rara]
 No me salen colores á la cara.

XII.

Lloro á los pies de niñas por cien ojos
 Les comunico sér y gallardia,
 Y soi pagada con desden y enojos
 Cuando tienen completa lozania.
 De lo mismo que lloro soi despojo
 Y llega á carcomerme en algun dia:
 Me deshechan entonces ácia un lado,
 A mirar las hermosas que he formado.

XIII.

Nazco en las aguas, con destreza nado
 Derribo las murallas, dejo uncirme:

**De uno me formo par y retrogrado :
Soy terror de los bosques : convertirme
En doncella me ven : equilibrado
Después me observan, y si logro asirme
De alguno, le enveneno : soy soldado,
Y por último cabra; resistirme
No pretendiendo á tantas variaciones,
Vuelvo á ejercer idénticas funciones.**

CELIO.

UNA VISITA A ROBESPIERRE.

A las diez de la mañana Gesner fué á visitar á Robespierre. Una jovencita linda y sumamente viva, que apenas habria cumplido doce años, le introdujo al estudio de Robespierre ; y despues de hacerle una graciosa reverencia le dejó solo. Gesner se puso á examinar los muebles y el órden en que estaban colocados. Esta curiosidad era perdonable ; pues que se hallaba en la habitacion del árbitro de la Francia.

Habia en el cuarto de Robespierre una mesa pintada de negro con mapas y correspondencia ; una biblioteca y algunas sillas. Todo estaba acomodado con mucha simetría.

Gesner se puso á meditar en la prodigiosa popularidad de Robespierre, creada por el encadenamiento de las mas singulares circunstancias. Este hombre no la debia

á sí mismo: no poseía ni el porte gracioso que cautiva, ni la elocuencia que subyuga. Pero estaba cortado perfectamente á la idea de que era el representante; y como se le veía íntegro, pobre, prudente y austero; como se sabía que no tenía recursos bastantes para hacer á esa idea instrumento de su ambicion particular; por eso arrastraba el respeto universal. Era Robespierre la república de fierro, predicada por Montaigne é idolatrada por los Proletarios.

Gesner mismo, no obstante la superioridad de su génio, envidiaba la felicidad de esta posicion. Llevaba hasta sus últimas consecuencias el principio de la igualdad, y no contando para nada con los obstáculos, le parecia que su triunfo no solo era posible sino facil.

Y cuando en su imaginacion se representaba á Robespierre, sentado á su mesa en el silencio de la noche, alumbrado por la grata luz de una lâmpara, meditando sobre la realizacion de sus sueños políticos; podia ver en él el hombre cruel y sanguinario, cuyo nombre era á cada momento maldecido por las víctimas, que el terrible tribunal

enviaba al cadalso? No ciertamente. La crueldad consiste en presenciar los tormentos de los otros y ser insensible. Pero el político, el hombre de partido, el calculista ¿contempló alguna vez las penas de las desgraciadas víctimas?—¡Una sentencia de muerte!... Esto no era mas que el resultado positivo, necesario é indispensable de una idea gefe esplicada en la mitad de una carilla de papel: al fin de ella estaba el decreto fatal, como una consecuencia forzosa del principio antes sentado; decreto trazado con una mano firme aunque bañada en sangre.

Entró Robespierre. Estaba vestido con gusto. Se dirigió á Gesner, le dió la mano y se sentó á su lado. Su fisonomía estaba alterada. Su frente, espejo de los cuidados de su alma, tenia mas arrugas que de ordinario. Su vista estaba roja y fatigada. Suspiró y con mucha tristeza dijo á Gesner.—“No te aguardaba tan temprano.” —“Ya ha dado la hora que me fijastes ayer.”—“Es cierto: y bien ¿qué me quieres?”—“Esta carta os instruirá.”—

Robespierre la abrió manifestando una desconfianza que no fué dueño de disimular;

y como si esta carta le hubiera podido ser fatal, la leyó en voz alta.

“Recomiendo al portador de esta al ciudadano Maximiliano Robespierre. Puede confiarse en él sin reserva. El ciudadano Geaner es incapaz de traicionarle. Saluda à Maximiliano.”

“*La Condesa de Nelville.*”

—“Joven, exclamó Robespierre, ¿cuándo te separastes de élla?”—

“Me ha prohibido que te lo diga.”—

“Muy bien, muy bien, desde hoy puedes contarme en el número de tus amigos.”—

“Gracias: vengo de la Vendée. La guerra se hace mal: todo es confusión y nada se adelanta. Rosignol ha reemplazado à Léchelle; pero este no tiene mas capacidades que aquel. Además es un tunante à quien todo el ejército desprecia.”—“Ya lo sé.... Es el hombre que necesitábamos. General en jefe en el nombre.... ¿No tiene oficiales de habilidad que le dirijan? ¿Los representantes del pueblo no están à su lado?”—

—¡ Los representantes! Ellos deshacen en un día la obra de un mes. La guerra debe hacerse por militares. Castígueseles cuando sean culpables; pero déjeseles mandar. Es una torpeza hacerles responsables de una voluntad encadenada.”—“ Es cierto : instruiré à la comision ; però el general en gefe, nada mas que un *testa ferro* : mi resolucion en este particular es invariable.”—

—“ Pero al menos que el general esté obligado à someterse al dictamen del con- cejo de guerra, y no comprometa al ejército por su ineptitud, como lo hizo Léchelle en Laval ”—“ Se darán órdenes . . . Gesner, tú seràs gefe de brigada. Es necesario poner fin à esta guerra : es un càngro que devora à la Francia.”—

—“¡ La devorará todavia por mucho tiempo! Es preciso amnistia general ó destruccion en inasa.”—

“¡ Destruccion ! ¡ Destruccion ! ¿ Creés Gesner que sea de buenos ciudadanos, dejar con vida à los enemigos de la republica? Sí : destruccion. El hierro y el fuego recorra los campos y las ciudades. Es una llaga que no puede curarse sino con el cau-

terio....¿ No querian (añadió con tono desdeñoso) no querian el perdon de los Girondinos? Danton lo pidió, Desmou-lins lo solicitó llorando ¡Insensatos! ¡Pien-san que despues de haber brillado sobre la escena política, puede uno resignarse á vivir confundido entre las filas de los últi-mos ciudadanos! ¡Es imposible resignarse à ser nada! Yo creo que ellos no hubieran podido vivir, sino maquinando para recupe-rar el puesto perdido. Esto hubiera sido consentir una conspiracion permanente. Perdonarlos hoy para que mañana intenta-sen cortarnos la cabeza. ¡Eh! ¡Esta es la humanidad que se nos alaba! ¡Perdonar unos pocos que excitan la guerra civil y cubren las campiñas de cuerpos huma-nos!”—

Se calló por algunos instantes. Gesner guardaba silencio. Robespierre continuó.

—“¡Danton! ¡Danton! tiene valor; pero talento....no. El no comprende la revolucion: yo sí que la comprendo. Ne-cesario es destruir sin compasion, pero des-truir con prudencia: herir; pero no herir á lo Marat, cerrando los ojos. Correrá la sangre de los cabezas, y se salvará la masa

total de la nacion. Y cuando no pise el suelo de la Francia un solo esclavo: haré de élla un pais de hermanos, y aun aboliré la pena de muerte. Mas afiancemos antes la libertad.”—Estaba en las últimas frases de este discurso elocuentemente bárbaro, cuando llamaron á la puerta y una voz débil preguntó—“¿ Se puede entrar ? ”—Era la niña que recibió á Gesner.

—“Señor Robespierre tomad estas cartas que han dejado para vos.”—

“ Gracias, hija mía; pero es preciso que no me llames *Señor*: ya no hai *Señores*: yo solo soi el *Ciudadano Robespierre*.”—

—“Lo siento mucho; porque á mi me gusta mas deciros *Señor Robespierre*, que *Ciudadano Robespierre*.”—

--“ ¿Y porqué ? ”—la preguntó riendo.

—“Porque yo llamo á Pedro Godin, vuestro sirviente, *Ciudadano Godin*, y no quisiera daros el mismo dictado que á Pedro Godin.”—

—“Y esto qué importa ? ”—“ Es que hai mucha diferencia entre vos y Pedro Godin.”—“ No, niña (la replicó de una manera cariñosa) no hai ninguna. En la actualidad todos los hombres son iguales:

yo valgo tanto como Pedro Godin, y Pedro Godin vale tanto como yo.”—“Mas cuando Pedro Godin os habla se quita el sombrero y vos le teneis puesto: le hablais manteniendo el cuerpo recto, y él lo inclina para haceros reverencias. Y si vuestros zapatos no están bien limpios reñis á Pedro Godin, y hasta ahora he visto que Pedro Godin os riña á vos.”—

—“Vaya: tu eres mui maliciosa, pica-ruela, vé á tu madre y dila que me prepare de almorzar.”—

—“Si, señor...(ella se corrigió) si, ciudadano Robespierre.”—El la dió un beso en la frente y tomándola de la mano la preguntó—¿Has estado hoí con juicio?—“Si, ciudadano”—“Ahora no tengo tiempo para tomarte la leccion; pero no seas perezosa: ocúpate en algo....¿Tu hermano ha llevado á pasear mi perro?—“Si, ciudadano; pero el perro se ha peleado con otro y tiene lastimada una pierna.”—“¿Pobre animal! Es tan bueno, tan humilde ¿y es mui grande la mordedura?”—“No, ciudadano.”—“Me alegro: ahora iré á verlo. Y mis palomas ¿tienes cuidado de ellas?—“Si, ciudadano”—¿Pobres animalitos! El otro

día las tuvistes un dia entero sin darlas agua. ¡Tú no sabes lo terrible que es tener sed! Tú no tienes el corazon sensible; y esta cualidad es el mas precioso adorno de las niñas. Acostúmbrate á ser suave, humana y complaciente.—“Está bien, ciudadano.... *Adios*.... *Voi à disponer el almuerzo.*” —

Rosbepierre se sentó en su mesa, como si se hubiese olvidado que estaba cerca de él una persona estraña.

“¡Mui alhaja es Rosita! Será una muger mui hacendosa.”—Y dándose un golpe en la frente—“¡Ah! El secreto de las revoluciones: ser sin piedad y sin cólera.”—Leyó muchas cartas.—

“Quieren asesinarme.... ¡Ah! Este es un indicio de que me hago mas popular..... Que soi un agente del tirano y que quiero reemplazarle en el trono.”—Tiró la carta con desprecio.—“La memoria de los reyes no se acuerda sino de las ofensas. ¡Si volvieran á montar al trono me perdonarian? Dicen que vendo á la patria. Eh! Soi republicano, sincero republicano. Si: la libertad triunfará. ¡Mis recompensas!Las obras sublimes de Rosseau, la

virtuosa familia en cuyo seno vivo, la tranquila soledad de mi gabinete, la reputacion de honrado y de buen ciudadano: estas son mis riquezas. Aun no me es permitido gozar de ellas. Es preciso que apuñalee antes á la aristocracia.”—

Nunca Robespierre ni aun en la presencia de sus mejores amigos, dijo tanto. En todas sus amistades la reserva era el rasgo que le caracterizaba. La reserva le habia valido la fama de circunspecto y prudente; y estas calidades habian sido funestas á sus enemigos. Pero la carta que Gesner le habia entregado, era un talisman susceptible de operar portentos. Gesner no manifestaba asombrarse de las revelaciones de Robespierre. Tenia una alma grande y era el confidente mejor que podia escoger el tribuno frances.

—“Ciudadano Gesner (le dijo Robespierre, con un tono de confianza que no le era habitual): tú debiste pensar la tarde pasada, al verme usurpar el papel de Dios, que yo era un hipócrita, un miserable, un impostor.

—“ En una casa de locos las personas de sano juicio, pueden olvidar por un instan-

te que son racionales.”.....

—“Chaumete y el infame Habert trabajan por aniquilar toda especie de creencia. ¡ Que ellos guillotinen al cristianismo : yo les abandono su cadaver. Pero la Francia tiene necesidad de una religion ilustrada, de ideas religiosas, de fè, de solemnidades : le es preciso la religion de Rosscau. Existe un Dios, Gesner, un Dios racional y que no se ofende de que raciocinemos sobre sus atributos. Nosotros hemos recibido de él la mision de entronizar la libertad sobre las ruinas de la aristocracia. El es quien presta à nuestros brazos la fuerza necesaria para aniquilar à los enemigos de la República.”—“Pero solamente à los enemigos”—dijo Gesner.

—“No podemos hacer todo por nuestras manos : nos valemos de procónsules y nada de extraño tendrá que se equivoquen à menudo; ¡ pero qué importa que la cabeza de un inocente ruede por las gradas del cadalso, à la par de las de los culpables ? La vida del hombre es un grano de aréna, y el que muere por esa casualidad, debe ben-

decir el error que le mata. Esa casualidad le prueba que el timon de la República está manejado por hombres en extremo celosos de su salvacion.”—

“¿Y si alguno os acusa de querer ser un Cromwel?”—

—“Le contestaré que tengo demasiado orgullo para representar esas farsas. Por otra parte ¿dónde está el ejército que debe coadyuvarme? ¿Quiénes obedecen á mi voz? Tengo un poder, es cierto; pero es poder de opinion. El dia en que la opinion me abandone quedaré solo, tan solo como Lafayette despues del 10 de Agosto. Mi poder tiene por base á mi patriotismo. Si soi poderoso es porque los patriotas quieren que lo sea. Cesando la causa cesaria el efecto.”—

Gesner se levantó para retirarse. Robespierre le apretó la mano.

—“Adios, (le dijo). Quizá no nos veamos mas. Las balas de los bandidos vengadores te matarán tal vez; y yo . . . yo duermo sobre las tablas del cadalso en que perecieron los Girondinos: Carra me espera. Adios, ciudadano, no te mezcles en ninguna intriga y tendrás un defensor, cu-

ya voz tiene algun valimiento. Cuidado: por todas partes tropezarás con espías. Si vuelves á ver á la condesa de Nelville, cuéntala que sus deseos fueron una lei para Maximiliano Robespierre : adios."—

[EUGENE RENDUEL.]

FRAGMENTOS DE UNA SERIE DE COMPOSICIONES
TITULADA—

Las Horas de un Homicida.

I.

LA TEORÍA.

Los contrarios principios en el hombre

Dirigen sus acciones: por el uno

Es inclinado á mantener los lazos

Que le ligan al mundo, y por el otro

Para romperlos la impulsión recibe:

No me guía el primero, si el segundo.

Tú que te jactas de vivir sin mancha

Estos versos no léas: mal pudieras

Su fuerza comprender, si allá en tus noches

No enseñoreó el delito en tus ideas.

Nuestro no es siempre el vicio: por desgracia

Del principio del mal se anima á veces

Y como él es sublime, aunque está envuelto

En el lúgubre manto que le cubre.

Los inicuos deseos, los delitos

Nacen ya con el hombre, y circunstancias
 Los hacen dominar en nuestra mente.
 Ellas deciden si hemos de entregarnos
 A criminales, reprobados actos,
 O esclavos ser de la virtud severa.

II.

LA VENTURA.

Lámpara amiga que mis pasos guías,
 Hasta su choza, plácida me alumbra
 Trémula entonces, en vacilante esfuerzo,
 Tu luz estingue.

Nice me aguarda entre mortales dudas,
 Y en los deliquios de su amor ardiente,
 El blando sitio, que ocupé en su lecho,
 Cubre de besos.

Los labios puestos en el pecho de élla
 Me encuentra el sueño, y con sus negras alas
 Me bate en torno, ó á mi sien corona
 De Adormidera.

Los pajarillos con variados trinos
 Cubren el aire, y el llegar me avisan
 Del Sol ingrato que á mis gustos siempre
 Llena de acibar :

El alma pura de mi Nice bella
 Su rostro anima, y en su blanca frente
 Signo sublime de inmortal ventura
 Luce gravado.

Yo la contemplo y entre dulces besos
 "Adios, la digo, volveré á tu lado
 Si en esta noche, la enemiga Luna,
 No nos alumbra."

III.

A MI PUNAL.

Fiel compañero de mis tristes males,
 Grata esperanza de mejor contento,
 Oculta el brillo de tu tersa lama,
 Hasta que llegue.

De Nice solo cuando estés cercano,
 Luce á sus ojos, que mayor tormento
 Sentirá su alma, al contemplar el hierro
 Que ha de matarla.

Lúce y rompiendo su nefando pecho
 No te detengas; porque sus falsías
 Pueden acaso mitigar tu fúria.
 Y aun apiadarte.

Zelos te animan, y rencor horrible :
 Ellos te imponen obediencia ciega :
 Rasga atrevido el corazon impuro
 De la traidora.

No cual mi mano, trémulo camines,
 Ni vacilante, cual el alma se halla :
 Sé inexorable, ya que no pudiera
 Serlo yo mismo.

Si ya espirante, con mortales ansias,
 Por mi pregunta, la dirás el punto,
 " Presto el que llamas volará á tu lado
 Desde el cadalso."

VI.

EL CANTO DE MUERTE.

Adios, impura cárcel,
 Llegó el instante grato :
 Partire en breve rato
 Dó está mi dulce amor.

Nice, á mis manos muerta,
 Estiende á mí sus brazos,
 Y á anudar nuevos lazos
 Me llama con ardor.

Muerto, tú, noche eterna
 Eres de la existencia :
 Ven : que con impaciencia
 Invoco á tu rigor.

Mi amor fino y constante
 No temerá ya el día :
 Que obscuridad sombría
 Nos rodeará á los dos.

Guardias, á mi cadalso
 Cubrid de frescas rosas,
 De azucenas hermosas,
 De mirto y de cedron :
 Hacedme ir de mi Nice
 Al suspirado enlace :
 Ya nada os embarace :
 Dé la señal el tambor.

NOTICIAS SOBRE EL AÑO.

[TRADUCIDO.]

Desgracia fué sin duda q'en todas las naciones que se honraban de ilustracion y ciencias, se haya caido en un error vergonzoso para el género humano. En todos los países, los sacerdotes á excepcion de la China, quisieron hacer lo que solo pertenecia á los filósofos. Ellos tomaron á su cargo el arreglar el año. Decian que esto les pertenecia de derecho, porque era necesario que los pueblos conociesen los dias de sus fiestas. Asi los sacerdotes Caldeos, Egipcios y Griegos se atribuyeron las funciones de matemáticos y astrónomos. Demasiado ocupados estaban de sus sacrificios, sus adivinaciones, sus oráculos y sus augurios, para dedicarse á las observaciones astronómicas. Ellos tomaban por principal oficio la charlataneria, y por lo mismo debia su espíritu carecer

de la justeza necesaria à cálculos delicados: asi es que solo consiguieron ser astrólogos, y se sabe que bienes es capaz de traer esta pretendida ciencia.

Los sacerdotes Griegos, al principio, no dieron al año mas de 360 dias. Fué necesario que los geómetras les enseñaron que se habian equivocado en cinco dias y algo mas; pero fueron bastante dóciles para prestarse á esta reforma. Otros geómetras les demostraron despues que aquel mas era el espacio de seis horas. *Yphito* les obligó à añadir un dia mas cada cuatro años; y celebró esta sábia innovacion con la institucion de las Olimpiadas.

Se recurrió despues al filósofo *Methon*, el que combinando el año de la luna con el del sol, compuso un ciclo de 19 años, al fin de los cuales estos dos cuerpos vuelven al mismo punto con diferencia de hora y media poco mas ó menos. Este ciclo fué gravado en oro sobre la plaza pública de Atenas, y es el famoso Numero de Oro de que aun hoy nos servimos con las correcciones necesarias.

En paises donde no se admiraba tanta perfeccion, la confusion de tiempos llegó

al extremo de ocurrir en invierno las fiestas de estío. *César*, el universal *César*, hizo venir de Alejandría al filósofo *Sosigeno* para reparar faltas semejantes. El filósofo y médico *Lilio*, corrigió el calendario de César bajo el pontificado de Gregorio 13, y esta correccion que se llama Gregoriana es la que nos rige.

Despues el gran Newton ha descubierto con referencia á la gravedad, un pequeño movimiento en el eje de la tierra, el que hace que sucesivamente los equinoccios y los solsticios sucedan en todos los puntos del Zodiáco, y cuyo periodo dura 25,900 años. á este fenómeno ignorado hasta Newton llamamos precesion. El equinoccio en tiempo del concilio de Nicea, esto es á principios del siglo 4. ° sucedia en 21 de Marzo, y cuando se celebraba el Eucuménico de Trento, á mediados del siglo 16, tenia lugar 10 dias antes, esto es el 11 del mismo Marzo; de suerte que hoi no seria el equinoccio el 21 de Marzo, y 21 de Septiembre ni el 11: sino el dia 9 de cada uno de estos meses, porque desde la correccion Gregoriana han corrido 253 años: pero como se quitaron 10 dias al año para dejar los equinoccios en el

dia 21, hoy solo hai la prcesion de dos dias y asi los equinoccios son el 19 de Marzo y Septiembre y los solsticios el 19 de Junio y Diciembre y no el 21 como vulgarmente se creé.

CELIO.



A LA MEMORIA DEL CORONEL D. VENTURA VAZQUEZ.

Vágo en la huesa, trémulos mis pasos :
Fijo la vista en el lugar querido,
En que descansan las cenizas yertas
De un padre amado.

Alli reposa la constante amiga
Que á mis primeros juveniles años,
Rodeó de bienes, y á mi inespriencia
Sirvió de guía.

Solo no encuentro la marmórea loza
Del mausoléo, dó tus restos yacen :
Verla me prohíbe la fortuna impta
; Caro Ventura !

Mas ; ai ! En vano es preguntar del humo
A estinto fuego, que impetuoso Boreas
Robó cenizas y calor á un tiempo :
Tú ya no vives.

; Al rededores de la tierra fría !
Piélago inmenso ! Tú sepulcro fuiste
Del fiel caudillo, que á las patrias huestes
Dió la victoria.

Su alma sin duda, en el celeste empíreo
Vive felice, que sus altos hechos
Prémio merecen, de mayor cuantía
Que es de la tierra.

**A LA MUERTE DE D. PEDRO, DU-
QUE DE BRAGANZA, REGENTE DE PORTU-
GAL, Y EX-EMPERADOR DEL BRASIL.**

SONETO.

La legitimidad y el fanatismo
 Nada en la tierra superior miraban :
 Al infeliz humano dominaban
 Validos del engaño y despotismo.
 Al norte de ambos mundos, tal abismo
 El hombre cegó al fin, pero restaba
 Que un hombre rei que tronos heredaba
 Los derechos fundase del *civismo*.
 El medio-dia de ambos hemisferios
 La Libertad le debe, y el ejemplo
 De libre abdicacion á dos imperios.
 Lo arrebató la muerte, mas los génios
 Que de la Libertad dejó en el templo
 Antoninos serán y no Tiverios.

CELIO.

LOS ORIGENES.

SATIRAS.

I.

LOS POLVOS. *

Una dama de sesenta
 hizo consigo esta cuenta:
 "Mi pelo es ya ester gris,
 y solo me falta un triz
 para ser blanco del todo;
 pues voi á arbitrar un modo
 para que aturdida crea
 la juventud que me vea,
 que lo erró naturaleza
 cuando quitó á la belleza
 el nacer con albas canas,

* En éstas como en las dos composiciones que siguen no se trata de ridiculizar á los que llevados del torrente de la moda capitulan con sus caprichos sino á los fátuos que pretenden representar, con ayuda de vestidos ridículos y singulares, el papel que nunca podrán hacer en la sociedad: nadie haga aplicaciones.

y las muchachas ufanas
me imitarán á porfia."

Saljó pues un bello dia
la cabeza enharinada,
y luego que fué mirada
por una moza de quince,
se volvió esta como un lince
á su tocador corriendo,
y, harina á gritos pidiendo,
cual pescado para freir,
(cosa mui digna de reir)
puso su rubia cabeza.

Para colmo de rareza,
mozas y mozos al punto
cual si fuera contrapunto
se enharinaron la cholla
y blanca como cebolla
paseaban todos la testa;
sin que hubiese alguna fiesta
á que no ocurriesen todos,
bajo diferentes modos
con el disfraz consabido.

Pero, en contrario sentido
otra vieja achucharrada
dijo: " ; que botaratada!
En esta blanca melena,
que debió ser la de Elena,
ni entró ni entrará la harina
ni susbtancia blanquecina..... "

Venga al instante un tintero,
y un lacayo vocinglero
dé por bando á todo viento
que solo veinte, y no ciento
son mis años; y en verdad
que toda mi eternidad

se oculta bajo la tinta
 que de negro el pelo pinta.
 Esta si que es invencion!....."

Obtuvo la invitacion
 general, y ya la harina
 de blancura la mas fina
 bajó en precio en el mercado,
 pero se vió adelantado
 el de la tinta en licor,
 pastas de negro color
 y de cuanto ser pudiera
 capaz de hacer se volviera
 lo blanco negro, y la moda
 cambió en un instante toda,
 porque ya en la especie humana
 la opinion no está tan sana
 como en las zorras discretas:

Una mui sábia en sus tretas
 y que por mala ventura
 (efecto de una locura)
 perdió la cola bellosa,
 las dijo, mui cariñosa,
 cortaos el rabo queridas:
 sereis mas bien parecidas,
 pues ese plumero atrás
 es cosa de Barrabás.

Despues que bien lo pensaron
 unánimes contestaron.
 "Sufra su mal la rabona
 que nadie será su mona:
 Piquela el tabaco cruel
 y pasto sea para él
 sin tener con que espantarle,
 pues así vino á tocarle
 por distribucion de suerte:

nuestro rabo hasta la muerte
acompañarnos merece
aunque la rabona pese.”

De escasas capacidades
es el darse á novedades.

II.

LOS CORCEES.

Los corcees ó las cotillas
desde tiempo inmemorial,
se usaron por las serranas
de la tierra de Arguella,
en las montañas de Leon
pais mui triste á la verdad.

Una señora Francesa,
mui señora y algo mas,
á visitar un cortijo
fué allí por casualidad.
La naturaleza en ella
al tonel quiso imitar,
pues cuatro varas su talle
no podrian abarcar.

Brabe, dijo esta señora,
la cotilla voi á úsar,
asi vendré á conseguir
mi cintura adelgazar,
De buena lona de Rusia
un corcé se hizo cortar:
tres varas y medias justas
le dió de capacidad,
y en esta circunferencia
con cabos consiguí entrar.

Parecióle que hermosura
 á la suya no habia igual,
 y volvió pronto á París
 á mostrar la novedad.

Al momento la imitaron
 con tal generalidad
 que las niñas mas delgadas
 se hicieron encorcelar,
 y hasta los señores míos,
 dieron el corcé en úsar
 y tanto, que á las avispas
 su cuerpo vino á igualar.

Mui pronto ácia todos vientos
 llegó la moda á pasar,
 como invencion de París
 mui rara y original,
 y el mundo entero en corcé
 creyó que debia andar
 só pena de ser grosero
 y de educacion bestial.

De este modo las serranas,
 y la cruel necesidad
 de una muger defectuosa,
 fueron causa general
 para que ahora ande cada uno
 como oprimido varal,
 ó como fardo trincado,
 con grande dificultad
 para cualquier movimiento,
 y hasta para respirar.

III.

LOS TACOS.

De Normandía el piso
es un seco arenal
que impide á los viajeros
el paso natural.

Para comunicarse
sin sentir este mal
llegaron los Normandos
los Zancos á inventar,
y diestros en el uso
de tan útil andar
apuntan en carreras
no pequeño caudal,
y llegan en seis trancos
del uno al otro hogar.

Paseaba la Francia
un bravo general,
y entre su comitiva,
por cosa original,
llevaba, de Laponia,
un hombre cubital:
El Lapon, admirado
de ver lo colosal
de los hombres Normandos,
entró á reflexionar ;
y para su capote
llegó en limpio á sacar
que una cuarta á lo menos
podría adelantar
en su baja estatura,
si consiguiera usar

un sólido añadido
que la alcanzase á alzar.

En donde colocarlo
procuraba sagaz :
no en la cabeza, dijo,
que allí el sombrero está
sin conseguir por eso
de alto á bajo mirar,
y los párpados siempre
tengo que levantar,
luego que se me ofrece
á alguno saludar.

Vale mas que le ponga
á los pies, y mi andar
será grave y erguido
llevándolo á compás.....
clavó á sus dos zapatos
dos trozos de nogal
y dijo mui soberbio
que famosos están,
mas cuando ácia adelante
quiso un tanto avanzar,
de narices al suelo
se vió precipitar.....

Esto quiere reforma :
voi el yerro á enmendar
y solo en los talones
los trozos á clavar.....

Cercenóles de el largo
tres cuartos y algo mas.....
; ahora si que están buenos !
; Esto si es inventar !

Con el cuerpo mui tieso
y echado para atras
andaré por las calles

como anda el general.

Pisaré con las uñas
que es grande novedad,
y esto á cabezas huecas
mui bien parecerá.

; O Laponés hermoso!
(las jóvenes dirán)
; que talle ! ; que buen porte !
; que mozo tan cabal !

Y no veia el pobrete
que al árbol de nogal
debía solamente
toda su dignidad.

Llegó á París el bobo,
y luego un menestral
del enano el invento
determinó adoptar,
y el nombre de *Cheville*
le puso magistral.

Le Cordonier á todos
la *Cheville* dió á usar,
y mui enchivillados
los guapos sin igual,
andabanmas que úfanos
con pasos de beldad.

La *Cheville* viajando
al lado occidental
á la América vino
en dos meses y mas.

Llegó hasta Buenos-Aires
y por felicidad,
encontró en los *Paquetes*
vacío cerebral
capaz de recibirla
como á una Magestad.

El nombre de *Chevillé*
 se lo dejó al entrar:
 niya se llama trozo
 del árbol de nogal,
 ni zanco que supere
 el Normando arenal,
 sino *taco*, que pueda
 dar la idea cabal
 del gimio miserable
 que lo quiera llevar,
 pensando que con esto
 puede darse á estimar,
 cuanto por juicio recto
 no pudiera alcanzar,
 debiendo al zapatero
 la apreciabilidad,
 que dotes personales
 deberian optar.

Al pretender *colear*
 cortar tan grave mal,
 me dirijo á los que usan
taco descomunal.

¡ Con que todas las modas
 el nacer deberán
 á defectos, que lejos
 de nosotros están,
 y nosotros cual *mones*
 las hemos de imitar ?

CILLO.

EL MONO Y EL AMOR.

FABULA.

Un veloso mono
 Habia observado
 Al hijo de Venus
 Siempre enamorado.
 Entre las florestas
 Amor ocultado,
 Pulia las saétas
 De su fuego sacro.
 Pastores y damas
 Salian al prado,
 Y él desde la selva
 Con golpe acertado,
 Las rendia todas
 A tiernos cuidados,
 Y amantes felices
 Eran coronados.
 Quiso hacer el mono
 Tambien otro tanto,
 Y hallando dormido
 Al niño vendado.
 Robóle la aljaba
 Y el arco dorado,
 La venda y la téa

Y se fué á un cercado.

Salió Dorotéa

Cerca del vallado,

Y el mono al momento

Estirando el arco,

Al pecho de nieve,

Que latía blando

Una aguda saéta

Acertóle acaso.

El corazon ella

Siente envenenado,

Discurre, delira,

Y estravia el paso.

Su victoria canta

Nuestro disfrazado

Pero amor entonces

Salió apresurado.

Y dijo á la bella

“No creais á amor falso

El es de un instante

Yo dúro por años.”

CELJE.



JUICIO DEL AÑO

DE

1835.

Escribimos en el siglo diez y nueve, tiempo en q' la astrologia y otras artes que en la antigüedad, y aun para nuestros padres se llamaban divinatorias, ya no valen cosa alguna. Desgraciadamente los que pertenecen á la primera de las tres generaciones vivientes, conservan algun rastro de esas preocupaciones, que no ha alcanzado á destruir enteramente la ilustracion de nuestra éra; pero las dos que han nacido de aquella, no creen absolutamente en oróscopos, en augurios, ni otras cosas semejantes, y para ellas, el arte cabalístico está relegado á las regiones mas remotas del olvido.

Los pronósticos de hoy están reducidos á consecuencias deducidas de hechos anteriores, y de la semejanza, ó mas bien igualdad con que en sus obras procede siempre

la naturaleza. Así pues, consultando las diversas posiciones de las naciones del viejo mundo, y no las conjunciones de los astros, ni otros fenómenos de ningún modo influyentes en la suerte de los hombres, nos atrevemos á avanzar el juicio de que la libertad recobrará en Europa y quizá en parte del Asia y del Africa, todos sus derechos, y conseguirá mirar feliz la sociedad humana en muchos puntos en que es muy numerosa. La concurrencia de la Inglaterra, Francia, España y Portugal al sistema de los libres nos inclina á creer que los principios empujarán ácia el Oriente, y ayudarán á desarrollar los gérmenes que se han visto ya asomar aun en el imperio de las Rusias, y al medio dia del Mediterraneo y del Mar Negro.

Deseamos á todos nuestros hermanos del antiguo hemisferio obtengan en el año de 1835 el objeto suspirado por todos los hombres de bien, y que salga allí la especie humana, para siempre, del envilecimiento en que la quisieran eternizar los que pretenden haber recibido del cielo la misión para dominar bajo la regla sola de sus deseos y caprichos.

En cuanto à la America, la estrella polar dirija los pasos de sus hijos; pero estos sin ser unos serviles imitadores de ese astro septentrional, admitan solamente de él lo que corresponda á su situacion política ó modo de existir, pues el modelo aun considerado en la Zona en que existe, no puede ser enteramente perfecto, porque nada hai que lo sea entre los hombres.

Despues de haber espresado lo que sinceramente deseamos para estos en el año de 1835, descenderémos por pura curiosidad, á notar en el mismo año dos circunstancias que á lo menos no dejarán de divertir por un momento á los lectores de la Volkameria.

El número 1835 cuadrado, ó multiplicado por si mismo dá el resultado de	3:367,225
Deduzcase de esta multiplicacion la suma que hacen las Epocas Célebres que siguen y comprenden hasta el año de 1834.....	

EPOCAS CELEBRES.

Desde la creacion del mundo.....	7,033
El periodo Juliano.....	6,547
El diluvio universal.....	4,791
La division de la tierra de Canaan.....	4,082

La confusion de lenguas.....	4,033	
Las Olimpiadas.....	2,610	
Nuestra Era vulgar.....	1,834	
La Era de los turcos.....	1,849	
El descubrimiento del Rio de la Plata...	326	} 33,892
La primera fundacion de Buenos Aires por D. Pedro Mendoza	299	
La segunda por D. Juan de Garay.....	254	
La correccion Gregoriana.....	252	
La creacion de esta Sta. Iglesia Catedral	213	
La fundacion de la Villa de Lujan.....	154	
La de Montevideo.....	110	
La de los Remedios y Rocha.....	33	
La 1.ª invasion de los ingleses y recon- quista.....	28	
La Libertad de las Provincias Unidas...	25	
La proclamacion de la Independencia...	19	
Hecha esta deducccion quedan líquidos		3:333,333

Se sabe bien cuanto ha sido misterioso en la antigüedad el número 3, y cuanto se ha ejercitado sobre él el arte cabalístico. No ha tenido menos boga el número 7 y precisamente el resultado que acaba de demostrarse consiste en el número 3 repetido 7 veces. Si quisiéramos demorarnos sobre esta circunstancia, podríamos quizá formar un libro, pero nos basta la idea de su inutilidad para no intentar, ni aconsejar seme-

jante empresa. Los cabalistas habrían encontrado en la calidad misteriosa del número 3 y mucho mas en su repetición no menos misteriosa por 7 veces, como un efecto necesario, lo que para nosotros es una mera casualidad: ella consiste en la—

SEGUNDA CIRCUNSTANCIA:

[Estas palabras]

El año de mil y ochocientos treinta y cinco,

Dán por anagrama

*Año Theodoryco * clásico, inclito y eminente.*

Repetimos que no creemos en números, ni en anagramas: las dos circunstancias que

* Esta voz viene á significar multiplicada ó abundantemente religioso: es compuesta de Teos, ó Theos—Dios, y Dryon—plantio denso. No parece muy forzada la significación antedicha: muchas que lo son mas corren como cortadas á la medida entre nosotros; y así como Theología que se compone de Theos, Dios y de Logos palabra, dice *ciencia de lo divino*; así también la voz de que hemos usado en nuestro anagrama significa materialmente *bosque ó plantio denso de Dios*, que en el sentido figurado es igual á *abundancia ó prosperidad de la religion, ó culto de Dios*.

hemos notado en el año de 1835 solo servirán para divertir un rato á los curiosos que estén desocupados, y no quisiéramos que se convirtiesen en substancia, ni aun para los que se esfuerzan en persuadirse á sí mismos que vén brujas. Dios y la civilización los hagan menos pobres de espíritu !

CBLIO.

INDICE.

	<u>Páginas.</u>
<i>La Degollacion de S. Juan Bautista..</i>	1
<i>Endechas Sáficas á la Muerte de Elisa.....</i>	15
<i>Una Noche de Adelaida.....</i>	17
<i>Pensamientos de un Filosofo Sobre el Error.....</i>	23
<i>La Parisiense.....</i>	27
<i>Un Adios.....</i>	30
<i>El Retrato de Clov.....</i>	49
<i>A una Dama nocida á Fines de Diciembre.....</i>	50
<i>A un Abogado.....</i>	51
<i>El Harpa de Oslinn.....</i>	52
<i>Ambigú.....</i>	60
<i>Votos de unos Hijos.....</i>	61
<i>A la Amistad.....</i>	id.
<i>A Isaura.....</i>	62
<i>A un Viudo Rico.....</i>	id.
<i>La Reina Semiramis.....</i>	63

<i>A un Poéta.....</i>	81
<i>La Generosidad.....</i>	83
<i>El Convoy Fúnebre.....</i>	88
<i>Las Verdades à Anarda.....</i>	94
<i>La Vida.....</i>	95
<i>Azakiu.....</i>	96
<i>El Nigromántico.....</i>	111
<i>A la Muerte del General Lafayette..</i>	118
<i>Historia de Mahometo el Zurdo y de las tres Princesas sus Hijas.....</i>	120
<i>Enigmas.....</i>	139
<i>Uná Visita à Rosbespierre.....</i>	145
<i>Fragmentos de una Serie de Com- posioiones titulada, Las Horas de un Homicida.....</i>	158
<i>Noticias Sobre el Año.....</i>	162
<i>A la Memoria del Coronel D. Ven- tura Varquez.....</i>	166
<i>A la Muerte de D. Pedro, Duque de Braganza, Regente de Portugal, y Ex-Emperador del Brasil.....</i>	168
<i>Los Origenes.....</i>	169
<i>El Mono y el Amor.....</i>	178
<i>Juicio del Año de 1835.....</i>	180



